

GABRIELA MONTILLA

**SECRETOS  
EN EL  
VECINDARIO**



# SECRETOS EN EL VECINDARIO

GABRIELA MONTILLA

Copyright © 2018 Yatna Gabriela Montilla

Copyright © 2013 Yatna Gabriela Montilla

**No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.**

Interior & cover designed by: Yatna Montilla.

Cover photo by: Daria Nepriakhina

Todos los derechos reservados.

ISBN-13: 978-1727420999

ISBN-10: 1727420993

## Índice

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Sobre la autora](#)

## SINOPSIS

Mara está a dos semanas de cumplir dieciséis, y su vecino... treinta. Él usa camisa y corbata, y cuando no, usa trajes de saco. Tiene una familia y parece estar “felizmente casado”

No importa. Él es el primer “gran enamoramiento” de Mara, y eso, que había jurado no volverse a enamorar.

Mara haría todo lo que fuera por besarlo. Pero además de casado, es súper sospechoso y guarda un par de secretos. Cuando Mara lo descubra ¿seguirá teniendo ese enamoramiento platónico con él o saldrá a decir todo lo que sabe?

Bueno, si él no la silencia primero.

## CAPITULO 1

Bueno sí. O no. En realidad no lo sé. No tengo idea si el policía que me está mirando es bizco. O quizás no me está mirando a mí, es a la señora. O no. ¿Cómo podría saberlo, si es bizco? Me muevo de nuevo, tengo el trasero entumecido y me duele la cabeza. Son las dos y media y aún no he probado comida. No es que sea tan amante, pero estar tanto tiempo inactiva me da ansiedad.

La Secretaría del Tribunal está llena. Repleta. Y las personas huelen mal, como a sudor. Yo solo quiero desaparecer. Me rasco la nariz y me levanto al ver a mi papá salir de la oficina del Juez, no le digo nada. Pero él sí.

—Ya vamos a comer —me anuncia—. Tienes que tener hambre.

¿En serio?

Le doy una de mis miradas. Esas que hago cuando estoy enojada.

Nos subimos al auto y él escucha la emisora de las noticias mientras nos dirigimos a casa. Aunque suene muy anticuado, a mí me gusta escucharla, los locutores me agradan mucho.

Amy Pérez, de tan solo quince años de edad, ha logrado lo que pocos han logrado a mayor de edad, construyó un generador de protones y está siendo exhibido en...

Mis oídos se tapan completamente al verlo. Solo hago eso. Verlo. Está vestido con una camisa azul y pantalones de tela negro, bien planchados. Mierda. No pude ver como se quitaba la corbata. Siempre lo hacía, llegar, parquear su auto Honda Civic, placa G005655 en el lado de la sombra (me sé el número de la placa, ¿es eso raro?), salir, aflojarse el nudo de la corbata con

una sola mano y llamar a su esposa para que venga a recibirlo. Natalie.

La odio, y sé que él también, bueno, creo que la odia. La hija de puta es una suertuda. Además, le lleva siete años. Es vieja, ¿por qué alguien tan lindo como él necesitaría a una vieja?

Es agente de ventas. Uno muy bueno. Se la pasa en todas partes. Algunas veces lo he visto en el supermercado o cerca de mi colegio. Conduce muy lento. Siento que me pide a gritos que le pida un aventón. Pero eso lo hace mi mente, él no me pide nada.

Una vez, una vez me pidió que peinara a su hija de cinco años.

Yo no sé qué es un agente de ventas. Pero siempre tiene que estar bien vestido. Digamos que tú tienes un producto y tienes que averiguar cuál es el mercado de ese producto, él va y te enseña el mercado. Consigue un comprador. Todos felices.

No me interesa. Amo su forma de vestir. A veces, en las tardes, se pone a jugar con su hija pequeña. Se llama Lalie. Una extraña mezcla entre Natalie, la bruja de su esposa, y Leonardo, cariñosamente apodado Leo por sus amigos y su novia que aún no conoce.

Yo.

Bueno, es un enamoramiento platónico. Sé que nunca pasará y soñar no me cuesta nada. Es mejor enamorarse de un hombre exitoso que de un moscoso púber. Eso pienso.

Papá se parquea en frente de nuestra casa, y cuando salgo trato de disimular y miro hacia donde él de nuevo. No esta. Entró a su casa.

Cojo mi mochila y entro a la casa. Mamá está sentada en la sala mientras lee la Biblia y papá se quita el saco. Voy a la cocina y tomo mucha agua, porque estaba muriendo de sed. Bebí lo suficiente como para no tener que comer nada, porque mi estómago lleno de gases se completó al llenarlo de líquido sin sabor.

Esta tenso el aire. Siempre es así. Hablo de que no se saludan a veces como deberían y todo es incómodo, siempre me siento en medio del embrollo. A papá no le gusta la comida fría, tampoco le gusta que la calienten y eso es muy complicado para mamá con su agenda.

No les dije, mi papá es abogado. Me busca todos los días después del colegio, y si tiene que hacer algo en el Tribunal, me lleva. Mi mamá dice que es demasiado para mi edad. No lo sé, es más, que va... ahí puedo ver a mucha gente ensacada y con camisas largas...

Después de comer un poco de arroz y pollo, subí a mi cuarto. Mi casa es

grande, mi papá gana bien. Vivimos en una urbanización. Mi Leo vive al frente, digo, casi.

Él y mi papá no son amigos. Mi papá casi esta en los tercer “ta” y no creo que este cerca de querer ser amigo de Leo, quien está en su primer. Además, sospecho que esta celoso, y teme perder a su esposa. Creo.

En fin, solo una vez nos reunimos. Fue cuando apareció muerto el perro de los Montés. La familia que vivía a dos casas de la mía. Fue algo un poco brutal. En medio de la calle con las vísceras afuera. Todo un desastre.

El perro era una molestia, ladraba y ladraba y ladraba. A todos nos molestaba. A mi principalmente porque no me agradan los perros.

Aun así, no merecía esa muerte.

Sé de otro que no les gustan los perros; Leo. Una vez la pequeña Lalie lloro por una semana completa porque no le comprarían un cachorro. Natalie le dijo a mi mamá que era porque su hijo menor, Natanael, tenía solo once meses y no quería que tuviera una alergia. Mas luego, mi papá le preguntó a Leo, la niña llevaba cuatro días en pleno llanto, y mi papá odiaba el llanto:

—¿Qué es lo que quiere?

—Un perro. Pero no me gustan los perros. Es una fobia.

Mi papá dijo que nuestro vecino era egoísta. Fin de la historia.

Está ya de noche y veo algo... es en la marquesina. Hace tres minutos mi querido vecino entró su auto y está sentando en el suelo con las manos en la cabeza al fondo de la marquesina, todavía tiene la ropa de hoy. Veo esto con mis nuevos binoculares. Estoy en el ático y el polvo pica mi nariz.

Se mueve. Él se mueve. Se levanta y entra la casa. Las luces se apagan. Tengo que dormir.

Me gusta dormir... bueno, solo de noche. Porque sueño con él toda clase de sueños, mi favorito hasta ahora es uno donde él me abraza y no me quiere soltar.

¿Y si él sueña conmigo? ojalá... sé que no lo hace. Solo me conoce como la hija de los “Del Rosario” me molesta, pero es así.

Suspiro pensando en él y alguien toca la puerta del ático.

Abro la puerta para salir y mi papá está al frente de mí. Me mira con sus ojos achinados y me dice:

—Es hora de dormir.

—Lo sé —respondo—. Estaba buscando mis binoculares. Es para un proyecto sobre la distancia.



Sí tengo amigos. Son dos, una chica y un chico. Es algo extraño porque a veces soy como la tercera entre ellos. Es que sé que se gustan. Todos lo saben menos ellos. Quiero encerrarlos en un cuarto por siete días o algo parecido.

En el colegio me aburro solo a veces. Es cuando se ponen melosos a hablar uno del otro o me excluyen inconscientemente de la conversación. Cuando notan mi aburrimiento ellos me sugieren un novio.

No necesito novio. Necesito a Leo. Mi vecino.

Gonzales fue mi platónico por dos años. Respiraba por él, comía por él, soñaba con él, todo lo que hacía era por él. Respiraba a Gonzales.

Solo dos problemas: no era mi novio y tuvo una novia. Se mudó y se casó a los dieciocho años. Rompió mi corazón de trece años de edad.

Entonces él se mudó al frente. No sabía nada de él aun. Pero pensé que era apuesto, e incluso el día que se mudó llevaba puesto una camisa. Mi papá los fue a saludar. Se la quería dar de macho alfa, estilo: «Llevo veinte años viviendo en esta cuadra, y ustedes acaban de llegar. Pórtense bien.»

La primera vez que lo vi fue de lejos hace tres años. Vivían a cinco cuadras y a veces lo veía cuando venía de la escuela a pie. Eso era cuando mi papá no me buscaba al colegio, cuando no me consideraba “atractiva” para atraer miradas y conseguir un novio. No es que me considere atractiva ahora, pero él sabe que ya mis hormonas están en función.

No quiere que tenga uno. Hablo de un novio. ¿Qué pensaría si le digo que estoy enamorada de un agente de ventas? No está tan mal... bueno está casado.

Yo pensé que Natalie era su mamá. Quería pensarlo. Sabía que era su esposa. Conocí a Lalie, su hija, el segundo día y la lleve a comprar un helado de los que vendía una vecina. Natanael no había nacido. Recuerdo que cuando supe que ella estaba embarazada, porque se lo había dicho a mi madre, pensé: «Oh genial, ellos tuvieron sexo.»

¿Qué esperaba yo? Eran esposos.

Salimos a receso. Tengo un pasado oscuro; fui rellenita toda mi infancia hasta los doce. Tenía grandes buches, exageradamente grandes, y era horrible. No me gustan los buches, tengo una extraña obsesión con los pómulos marcados y en esa época ellos nadaban en grasa. (Aunque en niños a esa edad es adorable), cuando dejé de ser una niña y empecé a tomar más forma de casi-señorita, estorbaban.

Dejé de comer. No era anoréxica, no fue tan melodramático. Solo dejé de



hacerlo, y funcionó. Al cumplir doce estaba en los huesos y mis padres me llevaron al nutriólogo de la familia.

— ¿Cómo explicas tu extrema pérdida de peso?

—No lo sé —respondí—. Supongo que estoy creciendo.

Todos me miraron y después me sacaron de la habitación. Me alimentaron a todas horas. Como nunca. Pero ya no pasaba. No me volví a rellenar. Me quede así, como estoy ahora. Parece como si mi organismo aprendió a digerir la comida, o fue un regalo de la pubertad.

Ahora a veces odio la comida. Olerla me da nauseas si está muy condimentada. Sí como, pero solo para sobrevivir o cuando me da un poco de desánimo en general; como ansiedad. Es ahí cuando como por grandes cantidades.

En el patio todos comen, incluyendo a mis amigos, Micaela y Dago. Están juntos y yo estoy sentada en una esquina del banco que compartimos pensando en Leo. Lo vi esa mañana, saliendo con su Honda Civic de la marquesina. Le dijo adiós a mi padre. Yo fingí no verlo.

No sé a dónde va. Sé que es agente de ventas, pero solo eso... quisiera verlo en acción.

Oh Dios... ha sonado de forma distinta.

Definitivamente no. Quizás sí, pero no. Yo solo quiero besarlo. Es solo eso. Y ya. Se me va a quitar el flechazo. Es cuestión de prueba y deja. O prueba tres veces y deja.

Es una teoría:

Primer beso: va a ser fatal.

Segundo beso: va a ser genial.

Tercer beso: va a ser el mejor y la despedida.

La cual podría suceder porque:

Nos descubren.

Mi papá acaba con la vida de Leo.

Yo madure y entienda que Leo está casado y que no se fijara en mí jamás.

—No sé cómo aguantas tanto. —La voz de Micaela flota por el aire. Dejo de pensar en Leo, y la miro—. No puedo pasar un día sin comer.

Ella no es gorda y nunca tuvo buches aunque fue rellenita por un tiempo. Supongo que lo de los buches se hereda. Recuerdo que me estoy cayendo del banco, si tan solo ellos se movieran un poco a la derecha.

—Comí antes de venir. —Miento. No me gusta desayunar en casa, y ni siquiera es porque no me guste, es que no me da el tiempo.

Otra vez Dago está mirando de esa forma a Micaela. Quiero pararme e irme. Es incómodo.

Ellos lo saben. Les digo que mi vecino es lindo y que me encanta. Dicen que hacemos buena pareja, pero que me dobla la edad. Yo lo sé, les respondo. Lo sé.

Suena el timbre. Sin saberlo respiro aliviada y subo.

La primera vez que supe su edad me quede sorprendida. No la aparenta. Él se ve mucho más joven. Una vez fui a su casa. Fue la primera vez que lo vi sin camisa, tenía su franela blanca y pantalones color marrón. Bien planchado. Mis ojos no querían dejar de mirar todo de él. Pero tenía su esposa frente a mis narices así que lo hice.

—Mi mamá dice que Lalie puede ir a la iglesia con nosotros.

—¿Qué dices Leonardo, la mandamos?

Odiaba que le digiera así. Es Leo. Sonaba más lindo.

Él me miró por un segundo y sentí que mis rodillas iban a ceder. Luego miró a su esposa, y le dijo:

—Salgo esta noche a las diez. Y tú tienes esa reunión con tu jefe.

Ella trabaja como asistente del gerente en una empresa de autos. Sospecho que se acuesta con su jefe. Que perra.

—Tú decides que es mejor, ¿verdad, Mara? —No me mires así. Eso fue lo que pensé. No lo hagas...

—Quédate mejor aquí con Lalie y Natanael, por favor Mara. Te vamos a pagar. Leonardo lo hará.

Leo me mira. Me estremecí. —Sí, sí. Lo haré. —Se dan una mirada cómplice. Sospecho que saldrán a tener tiempo de pareja y solo me mentían. Los odiaba.

Corrí hacia casa y le dije a mi mamá. Ella se enojó. En serio quería que fuese a la iglesia.

Duré todo ese tiempo esperando que Leo llegara y me encontrara sola. No sé qué más pasaría. Quería que sucediera.

No pasó.

Era la una de la madrugada y sin nada que hacer, busqué una de las corbatas de Leo, la guardé dentro de mi abrigo. Y esperé.

Y esperé. Y esperé, y esperé.

Mi mamá me acompañó en la casa para que no estuviese sola con los niños durmiendo cuando dieron las doce. Natalie llegó a las tres de la madrugada y mi mamá estaba enojada. Quizás por eso es que ya no soy más su “niñera

oficial”, ni siquiera cerca.

No sé a qué hora llegó él.

Es la hora de salida y estoy sentada en un escalón de las escaleras de entrada a la escuela. Se podía ver a la calle, por lo que allí siempre esperaba a mi papá. Ahora que Micaela se ha ido y Dago está cumpliendo un castigo, tengo tiempo para quejarme internamente sobre qué se supone que voy a inventar sobre mi proyecto de la distancia. Algo se me tiene que ocurrir. Le había dicho a mi papá que tenía uno.

Mala mentirosa. ¿O soy hábil? Ni lo sé. Es cuestión de suerte. Toda joven de casi dieciséis tiene que saber mentir. Toda. Yo llevo como un 9,6 de puntuación. Esta obviamente me había salido mal. Si bien conocía a mi papá sabía que no se le olvidaría mi "proyecto" nunca.

Acaban de marcar las doce y como siempre, Leo conduce su auto frente al colegio. Despacio. Sus vidrios son oscuros, así que no puedo verlo. Sé que él me ve. No sé si sabe que él me gusta. No sé si soy tan obvia. ¿Y si lo incomodo?

Oh no, ¡Claro que no! Soy buena disimulando. La mejor de todas, de eso estoy segura...

Transcurre otra media hora y llega la jippeta blanca de mi padre. Me subo y él pregunta:

—¿Cómo te ha ido? ¿Y el proyecto de la distancia?

—Tengo hambre. —respondo y él conduce hasta la casa.

## CAPITULO 2

De mi casa a la casa de Leo hay exactamente treinta y tres pasos. Es una señal, lo sé. Tres es mi número favorito. A ver... le dije a mi papá que mi proyecto es ver como las cosas cambian de tamaño según la distancia en que se encuentran. Antes de él irse a solicitar una sentencia al Tribunal, le pedí que dejara un ladrillo en la acera de al frente, y que iba a ver qué tan lejos estaba desde el ático y cómo cambiaba su tamaño.

Gran error.

Mi papá no tenía idea de que podías ver tan claro la casa del frente, y me pidió que no acechara demasiado. Puf... ¿acechar a quién?

—Me das los resultados cuando vuelva de trabajar para ayudarte a confirmarlos. Y no actúes tan sospechosa —me dijo en la puerta, marchándose.

Oh, por favor, ¿yo sospechosa? Imposible. No llevo hechas no tengo sospechas. Aún... cuando bese a Leo mi rostro cambiara. Sé que lo hará.

Pero si hablamos de sospechosos, él lo es, siempre está viendo a todo el mundo. Algunas veces sale de noche, no tengo idea de a dónde. No habla más de lo necesario con ninguno de los otros vecinos, y con la única persona que siempre ha querido hacer amistad es con mi padre. Pero yo ya les expliqué porque mi padre no quiere dicha cosa.

Lo estoy viendo ahora. Está jugando con Lalie en su césped. Juegan a la

pelota. Su sonrisa es de las más hermosas que jamás he visto.

Es sábado. En solo catorce días es mi cumpleaños. Lo llevo contado. Y ya sé lo que quiero de regalo... a él.

Alguien toca la puerta fuerte.

—¡Mara! ¿Estás ahí?

Lo veo mirar hacia mi casa.

—Mara, necesito que me ayudes en algo.

No molestes. Estoy mirando a Leo quien está parado con las manos en la cintura mirando hacia mi casa.

—Algo le paso a mi laptop. No sé cómo solucionarlo... pero tú podrías...

Un momento, él está mirando a su esposa quien acaba de llamarlo desde el césped de mi casa. ¿Qué hace aquí ella?

—... Ayudarme, es para pasarle a la vecina un libro de psicología infantil a su memoria. Por favor.

¿Por qué piensa que estoy aquí de todos modos?, ¿Papá le dijo que estaba aquí?, ¿Ahora siempre me buscarían aquí? No, joder, joder, joder... nunca más voy a poder venir al ático en las noches a observarlo entrar su auto a la marquesina porque mi papá sabrá que estoy acechando a algo. Y se dará cuenta que no es algo, sino alguien, y mi cabeza volara, me sacrificará al dios de las niñas sospechosas, y peor, sabrá que muero por Leo.

Pienso en mi cumpleaños y recuerdo lo que me emociona sobre eso.

Cumplimos el mismo día.

Yo dieciséis, el treinta.

Un día, exactamente el primero de marzo, mi mamá estaba hablando con Natalie. El simple hecho de que mi papá y mi Leo no se llevaran del todo bien y que no fueran amigos no impedía que ellas fueran amigas. Tenía las cosas claras: podía cuidar a Lalie solo a veces, y podía hablar con Natalie solo si mi mamá me llamaba. Aunque eran amigas, a mi mamá no le gustaba que anduviese de niñera y no tenía el tiempo además.

Natalie dijo:

—Leonardo cumple veintinueve la semana que viene.

—¿Oh sí? —respondió mi mamá.

—Si... y le haremos una barbacoa con amigos... ustedes pueden venir. Dudo que su esposo vaya, pero usted y su hija. Digo lo de su esposo porque noté que no le gusta mucho eso de...

—¡Oh, qué va! Bueno sí. Pero no importa. —Mamá se ruborizó.

—Es el ocho de marzo.

—¡No...! —dijo sorprendida, echándose hacia atrás en su asiento.

—Sí, está en su cedula —dijo Natalie, como si de pronto pensase que estaba equivocada.

—No, eso no, ¡sino que Mara cumple quince ese mismo día!

—Wow. Que coincidencia. Podemos celebrar juntos —lo dijo con desgane, que conste.

—No lo creo, la llevaré a un pasadía en un hotel. Pero no le digas nada... es una sorpresa.

Yo estaba a metros de ella, así que no fue una sorpresa. Y no pude felicitar a mi Leo, ni él a mí.

Se supone que este año si lo hará.

—¿Mara, Mara? —volvió a llamar.

Leo cargó a Lalie, que lindo.

Siento que mi mamá se va, y abro la puerta para confirmar. No está. Así que vuelvo a mirar para la casa de Leo, pero él tampoco está. Zapateo con toda mi ardor porque no vi su espalda al entrar a su casa.

Su espalda. Ay su espalda.

Quiero tocarla. Es una manía de la cual yo y Micaela hablamos. Es como totalmente normal tener una obsesión con las espaldas de los chicos, en mi caso; con la espalda de mi Leo.

Salgo de allí. Bajo las escaleras y están todos los Torres y mi mamá.

¿Cuándo fue que invitaron a los Torres a mi casa, y por qué nadie me lo había dicho?

Leo vio que llegué, pero así mismo sigue mirando la pantalla, con sus manos en los bolsillos y los primeros botones de su camisa desabotonada... Dios... no caigas Mara... lo hace propósito... ¿Cómo alguien tan mayor puede lucir tan?... ¡¿tan?! ¡Ahh!

¿Cuántas veces Leo entraba a mi casa? Una vez por año. Quizás exageraba, pero era raro debido a mi papá.

—Mi hija, te estaba buscando, —mi mamá anunció—, pero ya el vecino me ayudó, sabe de computadoras.

—Bien —digo. Estoy totalmente temblando (literalmente). Mis piernas no pueden avanzar. Lo veo de lejos, lo acecho de lejos. Pero en su presencia me derrito. Las mariposas me traicionan.

—Ven a ver —dice mi mamá.

Me acerco, es la foto de un pastel color azul marino, de una sola planta.

—Es lindo. Pero no quiero una fiesta mamá —me quejo. No tengo tiempo

para hacer amigos para llenar una fiesta, esa es la razón.

Leo le susurra algo a su esposa, y ella se ríe. Lo miré de reojo, mi estómago se hizo un nudo.

Que se vayan. Lárguense. Es mi casa. ¿Acaso se reían de mí?, ¿Pueden leer mis pensamientos?

—No queremos fiestas, ¿verdad Mara? —Ahora está cerca de mí y toca mi hombro mientras me sonrío.

—No... —respondo. Estoy afectada. Me está tocando el hombro. Mi hombro... ¿qué pasa?

—Tranquilo Leonardo, lo tuyo solo será una cena en el patio de la casa. Y hablando de cenas, yo voy a ir a preparar la nuestra. —Natalie coge su memoria de la laptop, (que descuidada, ni siquiera espero a desconectarla en modo seguro), y con Natanael en sus brazos, pasa su otra mano libre por la cintura de mi Leo mientras salen de mi casa—. Adiós vecina y gracias —dice a mi mamá cuando se voltea.

Que linda familia, piensan todos.

Que dolor, pienso yo. Digo, no es un dolor tan agonizante. Me gusta Leo, Lalie me cae bien, Natanael también... oh, ¿pero quién se cree ella como para agarrar a mi Leo y llevárselo a su casa?

Además, juraría que lo hizo adrede, ¿para salir lo tiene que agarrar?, oh, ¿y eso de tener que reírse por lo bajo?

Cierto... no se supone que ella sabe que me gusta su esposo. Así que quizás no lo hizo adrede. De todos modos, ¿Qué clase de personas cenan a las cinco de la tarde? Natalie necesita un curso intensivo de aprender a mentir. Yo se lo podría dar pero no me cae muy bien.

Me volteo, mi mamá está mirando su laptop media asombrada.

—Te juro que la pantalla estaba negra... Leonardo vino y lo soluciono. No creo que tú lo hayas hecho mejor.

Gracias mamá. Siempre tus comentarios suben mi autoestima. Aunque en realidad, era solo cuestión de presionar alt, ctrl, y delete. No es que él sea un genio.

Sin embargo no es eso que le respondo, me limito a decirle:

—Oh por favor mamá. Cualquiera lo hubiese hecho. —Beso su mejilla, y me marchó a mi habitación de redes.

“La habitación de redes” es un cuarto de la casa donde hago mis tareas y dónde está mi laptop y mi PC de mesa. La razón por la que están ahí es porque mi papá dice que no seguro tener “esas cosas” en el cuarto de dormir.

Entonces voy, pero no para usar el internet.

Me siento con la corbata en la mano. Aunque ha pasado tanto tiempo, me atrevería a decir que huele a su colonia.

Oh Leo, ¿Cómo te volviste en mi obsesión?



Estoy camino a casa. En la jippeta de mi papá y bloqueando mis oídos. No funciona, lo estoy escuchando sermonearme. Todo ha pasado porque hoy a la salida estaba riéndome con un chico muy lindo. No me la podía creer, pero la conversación solo fluyó por un jugo rancio que vendieron en la cafetería.

Él dice:

—No te lles de las malas influencias y de gozar un rato...

Ay Dios, aquí va. No papá, no me acostare con ese chico. Hablábamos de una chinola media rancia...

—Porque todo trae consecuencias...

¿Has visto lo feo que es? Quiero decir, comparado con mi Leo lo es. ¿Antes no había dicho que era lindo? Ay lo que sea...

— ¿Me escuchas Mara? No quiero que te arruines la vida.

—Aja. Te escuché —le respondo. Me bajo de la jippeta y veo como él vuelve a irse. Entro a la casa tirando la mochila en el piso.

Si se ponía así porque hablara con un chico, ¿Cómo se pondría si sabe que me gusta nuestro vecino?

Enloquecería. Completamente. Me mandaría a un convento de monjas, de esos que inician clases a las seis y terminan a las tres de la tarde. Aunque pensándolo bien, mi mamá no dejaría que me llevé a un convento de monjas. Así que no sé muy bien que haría si se da cuenta.

Por alguna razón la casa se siente vacía. La recorro entera buscando lo que falta... pero todavía no sé qué es. Escucho el sonido de la Play Station desde mi cuarto de redes... oh, eso significa que...

Jugar videojuegos... con Leo.

La pregunta importante aquí no es qué hace él jugando en mi casa, en mi cuarto de redes, sino:

¿Mara, tienes un hermano mayor? Si. Él tiene veinticinco y está casado. Pelean dos veces a la semana, me refiero a mi hermano y su esposa. De esas pequeñas riñas, una al mes es en serio, y mi hermano viene a vivir a la casa hasta que se reconcilian.



En mi cuarto de redes está ese gran sofá color rosa el cual el utiliza como cama. Y también trae su pantalla plana junto a su mochila de videojuegos. Ni siquiera duden el que no le importa tener que cargarla de su casa a la mía cada vez que pelean. Jugar videojuegos es su vida.

El caso es que mi hermano es un hombre, y Leo también, y se llevan cinco años, y son algo así como “casi” amigos. Solo de jugar videojuegos para ser más precisa. Y como no veo rastros de mamá, y papá solo ha venido a traerme porque tiene una reunión con un cliente importante, la casa está sola. Y Leo entra. Y esto solo pasa una vez al mes, y creo que voy a desmayarme.

Eh, hola, nótenme, estoy justo aquí parada.

¡Que dejen de mirar la pantalla! Ugh.

—Julián, ¿Dónde está mamá?

—Mara —dice. Me saluda y me mira solo por un cuarto de segundo antes de dejar de manejar la motocicleta. Está jugando San Andreas —O Grand Theft Auto—. Amo eso, en serio.

—Hola Leo —le digo a mi Leo, quien deja de mirar la pantalla y me ve, sonrío y me dice:

—Hola.

Hola.

Un hola que se reproducirá en mi cabeza por días. Hablo en serio. Su tono de voz es el cielo.

—Julián, te pregunté que dónde está mamá.

—Tú ya sabes, en un retiro —dice concentrado. Salta al ver que su moto es derrumbada por la policía de San Andreas. A continuación, lo matan en menos de un segundo, la pantalla se pone negra y luego aparece Carl en el hospital—. Joder, que mierda —dice y luego me mira—. ¿Viste, Mara?

Asiento. La verdad es que cuando tienes ya cinco estrellas llenas de policías siguiéndote, sin chaleco antibalas, estás indefenso, y al menos que utilices claves para mágicamente aparecerte un chaleco antibalas, te asesinan en un segundo. Pero ahora él está jugando sin claves, quiere demostrar que él es el big daddy .

—Mamá está en un retiro de la iglesia. —Por fin me dice y se levanta—. Voy a buscar un refresco en el freezer de tu papá...

Su papá y el mío no son los mismos, y por eso nunca se dirige a él como papá, sin el “tu” o llamándolo por su primer nombre.

—Lleva a Carl a nadar para que le subas su habilidad. La próxima misión es debajo del agua. —Me ordena. Nunca me pide algo o me da la opción de

decir que no. Habla como si fueran órdenes.

No me pesa hacer lo que me manda en realidad. Eso es lo que hago, desde que tengo ocho años así juego San Andreas, ósea, soy pésima en el ámbito de matar, huir de la policía, o siquiera robar un auto sin que me lo vuelva a quitar su dueño, pero haciendo nadar a Carl, es algo en lo que soy buena. Además, esa misión es increíble, los gráficos no son tan buenos pero te sorprenden lo suficiente.

Me acerco y me siento junto a Leo. Tomo el control. Automáticamente mis manos sudan. No solamente porque estoy al lado de Leo, sino porque mis manos de por sí sudan cuando tengo algo en ellas. Algo como el control de la play station.

Siento mis piernas estremecerse, y creo que tengo un tic nervioso. Leo está aun lado mío con el cuerpo echado hacia delante mientras ve en la pantalla como conduzco a Carl en una motocicleta y me lanzo por el muelle hacia el mar, después, hago nadar a Carl a la superficie para volver a sumergirlo en el agua.

Anda, di algo Mara. Tu hermano va a volver, dile algo.

—Tu hermano es un tramposo, se sabe todas las claves para que le den armas y ponerse un chaleco antibalas sin pagar por ellas en la armería.

Oh Dios, ¿Quién dijo eso?

Siento que la respiración se me corta, al igual que a Carl, está muy al fondo y le queda poco aire, empiezo subir paranoica a la superficie, pero Leo me pone nerviosa, y le estoy dando a la tecla que no es. Ay no, ¿el triángulo, el círculo o el cuadrado?, ¿Cuál de los dos es? Julián me va a matar si mato a Carl ahogado...

—Mara, sé que tu hermano dijo que eras buena en esto, pero lo estás haciendo mal...

Ay Dios, otra vez me habló. ¿Qué hago?

Suelto una risa nerviosa. Siento cuando Leo me quita el control de las manos y la toma. Comienza a sacar a Carl a la superficie.

No puedo respirar, su mano estaba tan caliente, a diferencia de las mías, las mías están frías.

—Mara, yepa , te dejaste ganar de Leonardo —dice Julián, ha vuelto. ¿Cuándo lo hizo realmente?

—Es que me confundí —digo, volteo a mirar a Julián, luego miro a Leo —.Voy a preparar mi comida —digo y salgo.

Me quedo con los hombros alzados mientras bajo las escaleras, tengo los

ojos abiertos y me estomago da vueltas. No, no tengo nada de hambre.

Oh Dios.

Toco mi mano.

Su mano era tan caliente.

La estoy imaginando en mi cintura. Ay Dios.

Mis rodillas se flexionan y me abajo dando vueltas mientras muerdo mi labio.

¡Él me encanta!, ¡Él me nota!, ¡Él me ayudó!

Estoy sonriendo y brincando por todas partes. Luego comienzo a bailar, muevo mi cabeza, y siento que estoy mareada. Me tiro en el piso y suspiro ruidosamente mientras me toco la parte de la mano que él me toco.

—¿Mara?

Oh. ¿Qué ha sido eso?

—¿Mara, escuche un golpe, has sido tú?

A ver, ¿qué hace esa mujer aquí?

Ay no, ¿y si me ha visto bailar?, ¿y si le dice a Leo que me vio bailar y el responde que fue porque él me hablo?

La veo cruzar detrás del desayunador para verme en el piso.

—Si te hablo, ¿por qué no me respondes?

—Lo siento Natalie —le respondo—. Mamá no está aquí. —añado. Quiero decir; vete. Nadie te ha llamado.

—No, no. Vine por Leonardo. Tú ya sabes cómo es tu papá, y Leonardo parece un niño de doce el cual no entiende nada.

—Están jugando allá arriba. —Señalé con mi dedo a la segunda planta.

—Oye, ¿sabes lo grande que es eso?, como si estas son horas de jugar. — Hace una clase de movimiento con sus ojos y pone las manos en su cintura—. Son la una y media y no ha comido, y voy a salir esta tarde, necesito que atienda a la niña. Y mañana, y después de mañana. Estoy tan ocupada. Ay Marita, cuando crezcas vas a ver lo difícil que es la vida.

Espera amiga, wow, wow, wow. ¿Desde cuándo me cuentas de tu vida? ¿Y qué era eso de “Marita”?

La iba a mandar a callar, pero como dice un dicho: “cuando no puedes con el enemigo, únete” eso exactamente debía hacer. Además, llevaba una semana sin atender a Lalie. Y hay dos cosas: necesito dinero. La otra: necesito robar otra prenda de vestir de Leo.

—Si quieres, yo cuido de Natalie.

—Ay no, ¿cómo crees?, ¿No tienes cosas que hacer?

—Bueno, hoy sí —le dije. No me acordaba de que había quedado con Micaela para ir a comprar unas cosas—. Pero mañana no, mañana es jueves y estoy libre.

—¿Tu papá no se molesta?, ¿No dizque que tienes que trabajar?

—No, no. No trabajaré.

Ella lo piensa.

—Está bien —dice.

En ese segundo Leo baja, se acerca y me ve tirada en el suelo. No le da mucha importancia. Pero si le da un beso corto en los labios a su esposa.

Mi corazón se vuelve gris.

—Natalie, ¿Qué haces aquí?

—Vine a buscarte, tú muy bien sabes lo que hemos hablado —le dice y lo señala con el dedo índice—. Adiós Mara. —Me dice a mí, y entonces, hala a Leo de un brazo y se dirigen a la puerta de salida.

Me levanto del suelo y empiezo a reírme.

No es gracioso lo que ella hace. Pero si es definitivamente gracioso la cara que me está haciendo Leo mientras camina de espaldas a la salida. Está haciendo muecas porque Natalie aún no ha dejado de regañarle.

Le estoy sonriendo. Creo que lo amo.

## CAPITULO 3

Está enojado conmigo. Muy... muy enojado conmigo. Lo sé porque se nota como me mira. ¿Me va a gritar? ¿Qué hago?

¿Qué ocurre?:

Estoy en la habitación de Leo con su tablet en la mano. ¿Recuerdan que quería algo más de Leo? Bueno... es una larga historia y todo es culpa de

Micaela.

—Mara... ¿Qué haces en mi cuarto?

—Yo... yo-yo, bueno, yo... Lalie...

—¿Dónde está ella?

—Está durmiendo y...

—¿Y Natalie?

—Está trabajando.

—¿Qué viste de ahí? —me pregunta señalando su Tablet en mi mano.

Yo abrí los ojos.

—Nada, la acabo de tomar —le digo y me muevo a otro lado—. Leo...

—¿Leo?

—Leonardo... Leo... como sea, te digo Leo a veces... —le dije sonriendo nerviosa.

—Mara esto no es juego, no puedes venir a cuidar a Lalie y aprovechar un momento para husmear en lo ajeno, si tu papá se entera...

— ¡Pero tú no se lo dirás! —le digo y me acerco—. Sé que no lo harás porque eres bueno Leo... —Doblo el cuello de su camisa, él se aleja.

—¿Qué te ocurre Mara? —Me pregunta—. Mejor ve a casa, ya puedo atender a Lalie.

Estoy aquí parada mirándolo. Está decepcionado. Creo que ha perdido la confianza en mí y, ahora sí, nunca más me dejara venir a su casa.

Me volteo para salir de la habitación... Mara... invéntate algo... Mara...

—Te voy a decir porque vine a tu habitación... tu cumpleaños es la semana que viene, quería darte un regalo porque cumplimos el mismo día... y pensé que si veía tu Tablet, entonces vería que te gustaba de música, para regalarte un CD con ellas...

—¿Por qué me regalarías algo?

Porque me gustas idiota...

—Porque eres mi vecino y cumplimos el mismo día, y me agradas, y me agrada cuidar a Lalie, y a Nataniel, y no quiero que ya no confíes en mí, porque entonces eso me pondrá triste, y Leo yo no quiero estar triste, ¿tienes idea del mal humor que se adueña de mi cuando estoy triste? Uno muy malo, me da estrés, y se me llena la cara de arugas, ugh, como tu esposa... —Es obvio que lo último lo dije en voz tan apagada y baja por dos razones: me quede sin aire y no podía ofender a su queridísima esposa.

—Quieres decir que tienes un enamoramiento conmigo.

¿Qué? Ay Dios, mi cara esta roja. Me arde la cara. Voy a desmayarme.

—¿Yo? —Miré a los lados con una sonrisita—. No... ¿Cómo?

—No es nada... eres una niña... te enamoras... —se rio en voz baja—. Por eso tu papá no quiere que “seamos amigos” sabe que te gusta. Todos lo saben.

—¿Todos? —dije en voz diminuta. Oficialmente quiero que la tierra me trague.

—Todos Mara, todos lo saben. También sé que quieres que te bese... voy a hacerlo justo ahora.

Se acerca peligrosamente y puedo saborearlo, siento su respiración y me estoy echando hacia atrás... demasiado... demasiado... demasiado...

Oigo un bullicio. Son personas que repiten «todos lo saben, todos lo saben» Todo se está desintegrando... mi Leo... Leo se está desapareciendo de mi vista... no... no lo dejes ir...

Me levanto de la cama.

Estoy sudada y enojada. Afuera hay una algarabía y una bulla. Es domingo y a pesar de que no he visto a Leo por tres días lo tengo en mi cabeza, y es la tercera noche que sueño con que casi me besa. Estoy tan enojada valga la redundancia.

El jueves no fui a su casa porque tenía que trabajar con mi papá, y a él no le sé decir que no. Ni el viernes. Ayer sábado salieron en familia, y hoy domingo la insoportable de Natalie tiene una fiesta con sus amigos afuera de su casa desde las ocho de la noche.

Volteo a mirar el reloj, marcan la una de la madrugada. Ay Dios, esta mujer no sabe respetar. Se supone que vivimos en un residencial, y hay reglas.

Me levanto con los pies descalzos y siento un escalofrío tan fuerte que me arrugo completa. Primero reviso la habitación de mis padres, y solo oigo ronquidos. Mi hermano se reconcilió con su mujer y ha dejado su TV y juegos en mi cuarto de redes. Camino por el pasillo hacia el ático y me siento en el suelo.

Uno, dos, tres, cuatro... cinco... cinco días para mi cumpleaños.

Comienzo a mordirme las uñas y después me levanto. Empino mis pies y comienzo a acechar por la ventana del ático... uhm... veo gente hablando... veo a Natalie... no veo a Leo... ni a su auto... ¿Dónde está metido?

¿Dónde se mete siempre?

Yo siempre pienso que Leo es más de lo que muestra. Además de fijarme en lo lindo que es, me fijo en lo sospechoso, y cuando sepa su secreto entonces tendré la llave de su corazón o algo parecido.

El sonido de la puerta siendo tocada, y poco después abierta, me asusta

tanto que chilló tan alto como mi garganta me lo permite. Segundos después noto que es mi mamá.

—Mami... —digo con voz aliviada.

—Mara, ¿Qué haces despierta?

—Nada, no puedo dormir, es la algarabía que tienen esa gente, ¿tu como despertaste?

—Escuche pasos en el pasillo así que salí a ver.

Claro, ella no despierta con la bulla de la gente pero si con mis pasos...

—¿Papá está despierto?

—No, no. Él sigue durmiendo, así que ve a acostarte.

Asentí. Y le di gracias a Dios porque no me pregunto más cosas sobre que hacia ahí o por qué. Tal vez se imaginó que yo estaba acechando a los vecinos. Era cierto, lo único que de forma singular: lo quería ver a él.

Al otro día desperté tan tarde que mi papá me dejó y tuve que ir a pie al colegio. Me la pasé de mal humor con todos, incluyendo a Dago y Micaela. Tengo la cara como un mapache por culpa de las ojeras, por culpa de Leo. La culpa de él, siempre de él.

No sale de mi cabeza nunca, no me deja dormir. Digo, me gusta soñar con él, me gusta verlo, me gusta estar enamorada de él. Pero me desagrada que me aparezca en todas partes y saber que nunca seremos nada. Esos cambios de ánimos tienen que ver con el calendario de mi periodo o las hormonas. Yo no sé. Pero ahora estoy enojada con él.

¡Ni siquiera en mis sueños puedo alcanzar a besarlo!

Estoy a la salida, son la una de la tarde y mi papá no ha llegado. Cuando me levanto porque tengo el trasero entumecido es que recuerdo que esta fuera de la ciudad y no vuelve sino a las cuatro de la tarde.

Aquí es cuando lamento el sol que hace. Me levanto y empiezo a caminar a pie devuelta a casa. Pero su auto con los vidrios ahumados se detiene al lado de mí.

—Mara, ¿quieres que te lleve?

Si no estuviera enojada con él, dejaría escapar la sonrisa que estoy aguantando. Pero no, estoy enojada con él, así que mi rostro se vuelve en una especie de mueca rara mientras asiento.

—Anda sube —Hace un gesto con la cabeza para que dé la vuelta. ¿Cómo espera que no lo perdona si me habla así?

Me subo al auto. Es mi vecino, puedo hacerlo. Mi mamá coge todo tipo de aventones, ¿Por qué no puedo yo?, y mi papá está muy lejos... y además, él



casi vive en frente de mi casa.

Es un poco incómodo estar dentro del auto con el sin hablar nada. Ni siquiera reúno valor para mirarlo. También, estoy recordando su mano tocando la mía cuando me quitaba el control de la Play Station.

Trato de respirar hondo sin que él lo note, su auto tiene un olor peculiar, a él y a otra cosa, como el olor que tienen las cosas nuevas. De pronto la nariz me pica por lo fuerte que me da el aire acondicionado del auto, desvió la dirección de la ventanilla y me vuelvo a enderezar.

—¿Cómo te fue en la escuela? —me pregunta. Supongo que si el me habla lo puedo mirar. Y aprovecho para fijarme en su linda camisa crema y corbata amarilla que lleva puesta.

—Mal, como a todos mis vecinos por la fiesta de la esposa de cierta persona...

Eso, eso se me ha escapado. No quise decirlo pero ya lo dije. Y tengo mi cara amarrada como un yugo. Quiero que se dé cuenta que estoy enojada.

—¿Estás enojada?

Almas gemelas.

—No... —respondo con sarcasmo—, no estoy enojada. Estoy feliz de la vida. —Alzo mis manos y formo un arcoíris.

Él se ríe. Yo lo hago reír. Natalie no.

—Eres divertida, Mara —me dice—, por eso le encantas a Lalie.

—¿En serio?

—Sí.

Me alegré.

El comenzó a aflojarse el nudo de la corbata cuando nos detuvimos en el peaje para entrar al residencial. Es como una gran grúa que está en una acera hasta la otra, y el wachiman solo deja entrar a la gente que ya conoce o que uno de los dueños de casa haya llamado avisando de que alguien los visitará. No es que la regla se cumpla completamente, pero aun así debes de esperar que la levanten si no quieres dividir tu auto por la mitad.

Sé que lo hizo por mí. Eso de quitarse el nudo de la corbata. Con sus dedos lo aflojo de una forma provocativa y dejó ver un poco de su cuello. Quizás si sabe que él me gusta. Y eso arreglaría muchas cosas... ¿y si ahora solo le decía “Hey Leo... me gustas”? Ja-já. Como si yo fuera tan extrovertida.

—Tu novio no te estuvo acompañado hoy.

Novio... ¿Qué novio?

—Yo no tengo novio —le respondo.

—El chico de los rizos.

—Es mi mejor amigo y gusta de mi mejor amiga —le digo mirándolo a los ojos. El auto se ha detenido en frente de su casa—, y a mí me gusta otro chico, uno que no tiene rizos.

Salgo del auto y camino a mi casa sin mirar atrás. Estoy demasiado sorprendida porque casi le dije en su cara que él me gustaba. No sé si se ha apeado del auto, no sé si me está mirando. Qué lindo sería si me sigue, me voltea, y me besa... pero no. Es el mundo real, está casado, me lleva catorce años y nunca le voy a gustar.

## CAPITULO 4

Martes. Cuatro días para mi cumpleaños... no puedo evitar estar emocionada.

—Mara... ¿está lindo? —Me enseña una margarita que acaba de pintar.

—Sí, Lalie... está preciosa —le digo peinando su cabello—, igual que tú.

Me sonrío.

—Quiero dormir, ¿te acuestas conmigo en mi habitación? Mi papi lo hace siempre...

—Claro bebé, vamos —le respondo y subo con ella las escaleras a su habitación.

Después de estar más de media hora acostada con ella y cantándole, siento que Lalie se ha dormido, y salgo de su habitación a la sala a encender la televisión. Natalie me había dicho que podía ver televisión si ellos dormían, y

eso estoy haciendo.

Hasta que me acuerdo de mi sueño. Y mientras camino hacia las escaleras para ir a la habitación de Leo, veo una puerta que se ha quedado abierta.

Soy curiosa, bastante. Y la puerta está cerca de la marquesina, y creo que por ahí desaparece Leo cuando entra por la marquesina. Hago cálculos, trato de trasladarme a mi ático con los binoculares y creo que estoy en lo correcto.

Abro la puerta y bajo los cuatro escalones para estar completamente adentro de la habitación. Todo está un poco oscuro, pero veo.

Parece una mini oficina, está todo pulcro y bien ordenado.

Me alegra que él sea alguien ordenado.

Hay una PC de mesa en un escritorio. Es casi un vejestorio comparado con la que tengo en mi habitación de redes. Hay otro escritorio, ese tiene muchos papeles y folders, abro uno de los folders y solo veo miles de números que no entiendo. Lo dejo allí mismo.

Comienzo a sentir esa sensación de cuando sabes que estás husmeando demasiado. Mi corazón va a todo lo que da. Me siento en la silla giratoria del escritorio de la PC. Doy vueltas hasta que me detengo al frente de la pantalla apagada. Paso mis manos por el teclado pensando que él también lo ha tocado. Miro a los lados, solo hay oscuridad, no hay nadie aquí. No hay nadie en la casa. Natalie está en el trabajo, y había dejado a Nataniel en la guardería. Leo está en una reunión de último momento, por eso me llamó para atender a Lalie.

Mis dedos se resbalan por el botón de encender la PC, y se enciende. Utiliza el Windows 97 o ese creo, así que me resulta un poco nuevo tomando en cuenta que ya me acostumbre al Windows 8. Honestamente, me sorprende que siendo él agente de ventas tenga una maquina tan poco eficiente. No por el programa, yo tenía XP hasta hace tres meses, pero por el modelo de la máquina, la pantalla ni siquiera es plana y el CPU sonaba como si un abanico estuviera descomponiéndose.

Tal vez era solo eso: un vejestorio. Quizás ni lo utiliza. Solo es una vieja computadora. Pero entonces si lo fuera tuviera polvo, mucho polvo, pero no lo hay. Mi nariz es capaz de detectar la polilla en un instante. Son dos opciones: es muy ordenado y limpia esta mini-oficina todos los días o si usa este vejestorio. Quiero decir, tal vez le guste lo viejo, quizás por eso está casado con Natalie, creo.

Terminó de iniciarse. Era un escritorio muy limpio con cuatro carpetas. Una con números «157953». Otra que decía «HACER» y otra que decía «MDR» también, noté el hecho de que no tenía Mensager ni cualquier tipo de

aplicación, o programa, o siquiera Chrome o Mozilla Firefox.

No vi el nombre de la otra carpeta. Entre a la única que llamo mi atención: MDR.

Al abrirse había dos carpetas; “Cámara Web” y “Al azar”.

Había una especie de orquesta en todo mi cuerpo cuando al entrar a la primera vi fotos mías tomadas de mi cuarto de redes, no estaba posando, estaba mirando hacia abajo, hacia la pantalla de algo. Eran fotos tomadas por mi cámara de la portátil, y por la de mesa.

No lo podía creer.

Mi estómago estaba dando vueltas.

Ay Dios.

—¿Mara?

Me doy la vuelta.

—¿Sí, Lalie? —pregunto.

—¿Dónde estás? —En su voz hay miedo. Lalie a veces era así, me levante de la silla, y cuando me volteo porque recuerdo que la PC está encendida la encuentro apagada. Estoy confundida como nunca. ¿La habré dañado?

Dios.

—¿Mara! —Volvió a llamarme. Iba a llorar.

Miré el raro aparato una vez más antes de colocar la silla como estaba y salir corriendo de allí. Miré a los lados antes de salir de la habitación, no veía a Lalie, ¿Dónde estaba?

—Papá dice que no se puede entrar allí. —Está arriba, en el tope de la escalera. Tiene los ojos un poco cerrados y su polera se le alzado un poco, ¿había mencionado que sufría de mal dormir?

—¿Yo? y-yo no estaba ahí.

—Creí que salías de ahí.

No hagas que te odie Lalie por favor, eres una niña muy linda.

—Ay no —dije tranquilamente.

—Ay si, ¡te vi!, ¡Papá se va a enojar!

Le lancé una mirada que su mente infantil no es capaz de procesar, cerré la puerta y la alcancé en el tope de la escalera. Tiene los brazos cruzados y tiene su cabeza hacia arriba, mirándome.

—Estás en problemas, ¿eso significa que nunca más vendrás a cuidarme?

Se me ocurrió una idea.

Me hincé frente a ella y tome sus brazos con mis manos. Le sonreí.

—Pequeña... —Traté de formular las palabras—. ¿Tú me quieres?

—Sí, eres muy linda y dulce. —Sonrió. Tenía unos hermosos hoyuelos, además, pensaba que yo era linda.

—Bien. —Llené mis buches de aire y después lo solté con un sonido. Negué con la cabeza y después volví a mirarla a los ojos—, entonces, ¿tú quieres que yo... cuide de ti siempre?

—¡Sip! —Se dio una vuelta y volvió a estar frente a mí.

Asentí.

—Entonces no se lo mencionarás a tu papá. Porque me quieres, ¿cierto?

Su expresión se arrugó. Ugh.

—¿Quieres que le mienta a mi papá? —Alzó las cejas.

—No, no, no. —Negué rápidamente—. Quiero que omitas la verdad, ¿vale? Solo no se lo digas.

—¿No le diga qué?

—Exacto. Eres muy inteligente Lalie.

—Mhn... gracias. —Entonces me abrazó, y la puerta se abrió. Me levanto, porque estoy hincada, volteo a ver y veo a Leo entrar a la casa rápidamente. Examina la casa, nos ve a las dos en el tope de la escalera y se dirige hacia mí diciendo:

—¿Hay alguien más aquí, además de ustedes dos?

—Nop. —Lalie dice, baja las escaleras para abrazar a su papá. Él la alza y la abraza. Por un segundo, me derrito de tanta ternura. Son tan lindos—  
¡Adivina que hizo Mara!

Esa pequeña perra.

Bajo las escaleras y quito a Lalie de sus brazos, la escondo detrás de mí y tapo su boca, muerde mis dedos y grito de dolor. No es un grito grotesco, es más un chillido de niña, pues, porque eso es lo que soy, una niña.

—¿Lalie porque muerdes a Mara?

—Lo siento. —Sus ojos gritaban inocencia.

Já.

Leo me mira y toma mi mano. Siento mi corazón latir rápido. También de pronto sudo, es increíble como reacciono cuando él me toca. Está viendo mi dedo, Lalie me dejó los dientes marcados.

—Lalie, a tu habitación. —Le ordena, la niña está subiendo y la miro subir.

Ya está. Cuando suba a la habitación de Lalie una vez que yo no esté aquí, Lalie le dirá todo. Y será mi fin, creo.

—M-me tengo que ir —digo, los nervios me traicionan porque estoy tartamudeando y sudando, y también mi cara arde. Quito mi dedos de sus

manos y camino a la puerta.

Pero mientras camino a la puerta para salir de la casa de los Torres, no me lo puedo creer. Entonces me detengo, tengo que preguntarle qué quiere decir eso. ¿Por qué hay fotos mías en su vejestorio?

Me fuerzo a mí misma a caminar, pero no puedo, realmente quiero preguntarle. Sé que debo estar alegre, pero estoy sorprendida.

Me espía...

Eso es malo, hasta yo lo sé.

«Debo contarle a Dago y Micaela» Pienso y vuelvo a caminar. Según lo que veo a través de las ventanas ya está de noche, ¿Por cuánto tiempo realmente estuve allí? Digo, tomando en cuenta la lentitud de la máquina para iniciarse...

Viene detrás de mí. Oigo sus pasos, pero aun así, no dice nada. Agarra mi muñeca. Tiemblo por completo con el pensamiento de que en realidad no sé nada de él, con el pensamiento de que esa no era la única carpeta, con el pensamiento de que él sale a tardes horas de la noche, con el pensamiento de que estoy demasiado asustada para notar que ha agarrado mi mejilla y me está hablando.

—... parece que has visto un fantasma —Silencio. Se ha dado cuenta de que me está tocando porque yo estoy mirando su mano en mi mejilla con terror. Exhala ruidosamente. Va a decir algo pero luego se calla—. ¿Ocurre algo malo?

Niego con la cabeza. Acabo de mentirme a mí misma. No, en realidad no sé si me estoy mintiendo a mí misma. No sé si delataría a Leo. Lo estoy pensando. Quizás debería preguntarle directamente por una explicación. Pero estoy sin palabras.

Soy un desastre.

Pongo la mano en la perilla de la puerta. Estoy tan pasmada y cansada que creo que me voy a desmayar.

—Mara... —Cada vez que dice mi nombre mi cuerpo reacciona, no es que lo pueda evitar tampoco, lo miro a los ojos—, estas pálida como si has visto un muerto, no puedes ir a tu casa así.

— ¿Q-qué podría hacer?

—¿Qué tal si empiezas con contarme qué te pasa? —Lo miré. Era tan lindo, de verdad. Sus ojos eran hermosos, no quería dejar de verlos nunca.

—No pasa nada. —Me doy vuelta, tengo que dejar de mirarlo como si estuviera asfixiada de él.

Ah verdad, lo estoy, estoy locamente enamorada de mi vecino.  
—¿Segura? —preguntó. Se cruzó de brazos.  
Me alcé de hombros. —¿Y contigo, pasa algo?, ¿algo que quieras decirme?  
—No. —Negó confundido.  
Abrí la puerta.  
—Lo supuse.  
—Bueno... adiós Mara.  
—Adiós Leo —digo, lo miro, y salgo de la casa.

## CAPITULO 5

Ruedo los ojos, odio repetir.

—Es que aún no puedo creerte, ¿y si me estás hablando mentira?

—¡Te lo juro Micaela, Leo tiene fotos mías en su habitación secreta! —Le subo la voz—, las vi, yo tenía mi quijada apoyada de mi puño y estaba en mi cuarto de redes.

—¿De tu cuarto de redes? —me preguntó— ¿Ese que está a menos de un metro de aquí?

—Sí —Alcé los hombros—, ese mismo.

—Entonces hackeo tu cámara web.

—¿Qué? —pregunto. Me levanto de la cama y camino hacia donde esta Micaela sentada, arriba de mi cómoda.

—Sí, porque entonces, ¿Cómo tomó las fotos?

—Tienes razón... —Caminé por el cuarto mientras tocaba mi quijada con

mi dedo índice.

— ¿Y qué vas a hacer?, ¿no le dirás a tu papá, a tu mamá?

—No. —La miré de forma obvia y abrí mis ojos, me acerqué a ella—. ¿Estás mal de la cabeza? Puede ir a la cárcel, incluso puede estar escondiendo algo mas, quien sabe.

—¿Lo dices por las demás carpetas?

—Si... —Fruncí el ceño—, no las revisé, Lalie comenzó a llamarme. Quiero... quería volver, pero no he tenido el tiempo porque ayer no cuide a Lalie, y antes de ayer se la llevó a una sala de tarea. Y hoy no sé, estoy contigo. Mañana es mi cumpleaños y el de él. Mañana. —repito mientras medito.

—Suena creíble. —Peinó su cabello—. Tienes que averiguar que esconde, así que trata de volver a su casa.

—¿Pero y si yo en realidad no quiero saber qué es? —le pregunto—. ¿Y si él es un asesino en serie o un violador o cualquier otra cosa mala, y no tenga de otra que ir a acusarlo con la policía o con mi papá? —Dejo mi quijada abierta. Ella me mira como si estuviera loca—, porque si Mica, lo quiero, pero no puedo apoyar lo malo.

—No exageres. Que me estás asustando —dijo con una sonrisa extraña.

—Además, su computadora era rara.

—Hablemos con Dago. —Resolvió.

—¿Dago, Micaela, Dago? ¡En serio!, ¡Concéntrate! Mi crush podría estar enamorado de mí como también podría estar haciendo algo ilegal. Como por ejemplo, hackear mi cámara web... —Me quedo en silencio, Micaela me mira. Estoy siendo extra dramática.

—¿No será que si hackeo tu cámara web, hackeo tu laptop?, ¡El ve todo lo que haces!, ¡Incluso tu Twitter secreto, donde hablas de él!

Abrimos los ojos las dos como en una caricatura. Me tiro en la cama y grito en las almohadas.

Ahora sí, oficialmente quiero que la tierra me trague.

—Micaela, Mara, ¿bajan a cenar? —Llama mi mamá desde la primera planta.

—¡Ya vamos mamá! —respondo.

Micaela peina su cabello otra vez mientras se ve en el espejo. Yo me levanto y pongo expresión triste.

—Esto parece una película, ahora falta que nos vengán a matar porque sabemos algo —dice ella emocionada.



—No estoy de ánimos. —Le aviso. Me muerdo el labio—. Quería todo esto pero no así, y mañana es mi cumpleaños, y aun no lo he besado, y quiero hacerlo. Demasiado, quiero Micaela, por favor.

—Pídeselo —dijo mirando hacia el techo.

—Está casado. Yo no le gusto. —Mi voz salió monótona.

—Los hombres siempre engañan, esa es una, la segunda es que el tipo colecciona fotos tuyas, no me digas que no le gustas Mara.

A Micaela le encantaba subirme los ánimos. Cosa que yo nunca hacía con ella y Dago.

Bajamos a cenar, mi mamá había hecho plátano frito y jamón ahumado. Micaela devoró todo y yo apenas toqué mi plato. Sin que mi mamá se diese cuenta le di mi cena a Micaela.

Ahora, Micaela se ha ido, y estoy en mi cuarto de redes. No he encendido mi laptop desde que fui a la casa de Leo hace dos días. Tenía miedo.

Sé que Leo está en su casa, y por eso me niego a abrir mi laptop todavía. ¿Y si él podía verme por mi cámara? No estoy de lo más bella ahora, estoy lo más horrible y no pienso cambiarme.

Pero lo hago, me pongo una franela rosada y peino mi cabello.

Me siento en mi sillón rosa y enciendo mi laptop. Aparece mi Inicio y entro al escritorio. Allí espero. Por un momento. Hasta que considero que probablemente estoy siendo estúpida porque Leo no pasaba todo su tiempo mirándome. Encendí el LifeFrame para ver cómo me veía en la cámara web, hice una bembita. Después me tire hacia atrás cuando me sentí doblemente estúpida.

Entonces escucho el sonido de la notificación de Hablus.

Hablus es una red social que te permite videochatear, chatear, y hacer video conferencias de una manera gratuita y con un interfaz que a cualquiera llamaría la atención. Me creé la cuenta hace ya cinco meses y apenas tengo a tres contactos: una chica de la otra parte del país, Dago y Micaela, por lo que casi ni me quise parar cuando escuche el sonido de la notificación, porque apostaba que no era importante.

Pero ahora estoy mirando la pantalla, y en la parte donde hay dos manos saludándose hay un número uno. Le doy clic.

«Trrs3789 te ha enviado una solicitud de amistad»

Me pegué a la pantalla. No tenía idea de quien era.

«Declinar»

Bien.

Segundos después en mi lista de amigos tengo cuatro. Y Trrs3789 está ahí. Trato de mover el Mouse pero no reacciona. También le doy al botón de apagado, pero no puedo. Esta frisada.

Lamento que en clase de informática no me hayan enseñado a como forzar a una laptop a que se apague sin presionar el botón de encendido/apagado.

Me agarro la cara con las dos manos. Suspiro frustrada.

Para ser sincera creo que es él. Mejor dicho sé que es él. Él tiene el dominio de mi laptop al igual que de mis sentimientos. Lo único que no sé es que es lo que él quiere, ¿por qué ataca mi laptop?

«Hola» dice un mensaje en una ventana. Es una conversación de chat por Hablus.

Pienso en responder. Pero no lo hago.

«Te veo Mara, sé que estás ahí.»

Bueno, aun así no le voy a responder.

«¿Qué viste?»

Me muerdo el labio, ¿Cómo sabe que estuve allí de todas formas?

«¿Piensas hablar?»

«NO. » respondo en mayúsculas.

«¿No le has dicho a nadie, no? »

«NO. » Vuelvo a escribir.

«¿Solo sabes escribir “no”? »

«SÍ. » escribo y sonrío.

«Sonríes tan tierno. Enciende tu cámara para que puedas verme »

Pienso en algo asqueroso, y niego con la cabeza. Además, él puede verme.

Se enciende, sabía que él podía hacerlo. El controla mi laptop mientras yo solo la tengo en mis piernas.

Se ve borroso y luego se aclara. No está en dicha habitación, está en la suya. En su cama. Con una franela blanca y recostado del espaldar de ella. Imagino que Natalie está ahí. Sonrió por eso.

—Está loco —digo en voz alta mientras tapo mi cara.

Él sonrío, como si me hubiera escuchado.

—¿Ah, por qué me escuchas? —le pregunto, inclino mi cara a la derecha.

El asiente y me muestra los audífonos que lleva puestos.

«Te escucho Mara, mas no puedo hablar, Natalie está durmiendo» me escribe y realmente no puedo creer lo que está ocurriendo.

«Mañana es nuestro cumpleaños »

—Lo sé —digo y aun no se me ha quitado la sonrisa de la boca.

«Si tu esposa, o mi papá, o mi mamá, o cualquier otra persona se entera de esto, o sea, de que me acosas, ¿Qué crees que harán? » escribo, porque no me atrevo a decirlo en voz alta.

«¿Qué te acoso?» envió. Lo vi sonreír. «Si se enteraran de la mitad de cosas que hago te aseguro que no estuviera aquí. Nunca se enteran de nada, nunca lo harán. Al menos que tú hables, al menos que tú no intentes saber más.»

—¿Qué voy a saber si no sé nada?! —digo, me tapo la boca. Dejé que la emoción me dejara hablar alto.

«Además, tú también lo haces.»

—¿Qué yo hago qué?

«Vigilarme... » escribe.

—Claro que no... —empiezo a decir, pero me detengo a leer lo que me envió.

«Por tu ático. Con tus binoculares. Me doy cuenta siempre. » me dice adiós y apaga la cámara antes de que pueda reclamar.

Tengo calambres en todo el cuerpo y no me puedo mover.

Mi laptop empieza a hacer todos los comandos que le había mandado hacer antes cuando se había frizado, y después se apagó.

Mañana es nuestro cumpleaños, Leo.

## CAPITULO 6

Hablaría de mi cumpleaños si hubiese sido algo interesante, pero no lo fue.

No sé por qué hablo en pasado, aún no ha terminado, pero bueno, en lo que ha transcurrido de mi cumpleaños no me ha felicitado ni yo a él. No lo he visto en todo el día.

Mi papá y mi mamá me llevaron a la heladería junto con Micaela y Dago, y después se fueron, cuando digo después me refiero a después de transcurrido veinte minutos. Nos quedamos allí sentados comiendo helado hasta que estuvimos seguros de que se habían ido de la cuadra. Después nos levantamos

a caminar y le conté todo a Dago.

El me prometió limpiar mi laptop el lunes, me dijo algo así como que encontraría lo que sea que la había infectado y que le había dado el acceso a Leo de poder controlarla.

Aunque esté muerta de amor por Leo, no es lindo que el invada lo único que es mío, propio, de mi exclusiva propiedad. Hablo de mi privacidad. Yo también tengo mínimos secretos, tal vez ridículos, pero son mis secretos, yo no quiero que nadie lo sepa.

Está tarde y estoy agotada. Me vestí linda para mi cumpleaños, como una niña, como una pequeña linda princesa, con un vestido color azul marino apretado en el torso y suelto desde mi cintura hasta la mitad de mis muslos, junto a zapatos que combinaban. Me maquillé también, con el estilo ahumado, pero ahora estoy llorando. Todo es una basura.

No quiero sonar mala agradecida. Reí, y disfrute muchísimo con mis amigos, como casi todos mis cumpleaños, pero ahora estoy así por él. Porque no lo puedo sacar de mi cabeza. Porque en realidad quería abrazarlo. Porque quería besarlo. Quizás me hubiese sentido feliz si él me felicitara o yo a él.

Ugh.

Nunca me han gustado los cumpleaños en realidad. Solo ahora por él me alegro.

Un año más.

Ya tiene treinta años oficialmente. Oficialmente estoy enamorada de un tipo de treinta años.

Que me tiene loca.

Que me “acosa”.

Que me gusta.

Que estoy empezando a odiar.

Voy a mi cuarto y me lavo la cara. Después camino a mi cuarto de redes y me encierro allí.



Son las diez de la noche. En la casa de los vecinos están haciendo una cena para celebrar el cumpleaños de mi Leo. Mi mamá está allá, mi papá no, esta no sé a dónde, yo estoy en mi casa porque no quiero verlo cerca de su esposa, es como si me clavara una daga siempre. Así que decliné la invitación de mi mamá.

Después de usar mi computadora de mesa, veo mi Laptop encima de la mesa de estudios. Un botón parpadea. Dios. ¿La había dejado encendida desde hace más de tres horas? La batería debía estar muerta. Pero no. No estoy loca. La apagué. Siempre lo hago. Entonces sonrío. Quizás está ahí. Quizás él la encendió.

Me levanto de mi silla giratoria y me siento en la plástica que está al frente de la mesa de estudio. La abro, y está en modo de suspensión. Se enciende a los segundos. Introduzco mi clave de seguridad, y al entrar al Inicio, aparecen tres notificaciones de mensajes. Entro a mi cuenta. Uno fue a las doce, cuando ya me había dormido:

«Es mi cumpleaños.» - 12:00am

«¿Y ya es tu cumpleaños?» -12:01am

«¡Feliz cumpleaños Mara!» 12:05am

Sonrío.

Y envío un mensaje:

«Feliz cumpleaños, Leo.»

Después de tres minutos de mirar a la pantalla de mi laptop, y de falsear para cerrarla, él responde:

«¿Qué querías de regalo?, ¿Lo conseguiste? »

«Algo que ya está tomado, de eso estoy segura.» respondo.

«¿Qué era Mara?» me pregunta.

No respondo. Pienso en cerrar mi laptop.

«Si estás hablando no te escucho nada, estoy desde mi celular.»

«Bien. »

Me paso la mano por la cara. No lo entiendo, me da señales confusas.

«Ven por la marquesina, para felicitarte, no se darán cuenta si salgo por unos minutos... »

Exploté mis dedos. Una corriente empezó a pasar por ellos y me encuentro a mí misma nerviosa, me quiere felicitar. Mi sueño. Es lo que quería en este cumpleaños. Quizás me abrace. Quizás me bese.

«¡Esta bien!!» escribo.

Me lavo la cara y después me la seco con la toalla de mi habitación. Me hago un moño. Bajo las escaleras y cruzo la calle hasta su casa. Toco la puerta de la marquesina y después la abro.

Estoy adentro pero él no está, no debí venir. No debí venir. Se repite en mi cabeza muchas veces. Entonces después se abre la puerta y pienso que ha sido una mala idea venir hasta aquí.

Lo veo. Aw está hermoso. Estoy sonriendo sin poder evitarlo. Hasta olvido que él podría estar haciendo algo malo y que me acosa, estoy locamente enamorada de él y no me importa nada más.

—Feliz cumpleaños Mara. —Me abraza. No puedo creer que me esté abrazando, lo abrazo también y no me quiero despegar. Huele hermoso. Es como lo soñé. Es todo lo que siempre he querido.

Y estoy tocando su espalda.

Solo hace falta que me bese.

Ya nos separamos y me está mirando, está esperando algo pero no sé qué es. Además, estoy muda, no puedo hablar. Estoy tan alegre que no puedo hablar.

— ¿No me dirás feliz cumpleaños?

—¡Ah! —digo y aprovecho para volver a abrazarlo, pero diferente, me inclino para estar más a su altura y poder apoyar mi cabeza en su hombro—. Feliz cumpleaños Leo, gracias por ser un buen vecino.

Siento que su pecho se mueve, me alejo de él para verle la cara y comprobar que se está riendo.

—¿Gracias por ser un buen vecino?

—Sí —respondo—, no se me ocurre nada más.

—¿Es en serio? —dice y despeina mi cabello como si fuera un chico—. Ve a casa ya.

Soy una chica Leo. Una chica locamente enamorada de ti.

Una chica que está muy feliz. Una chica que piensa que ha sido su mejor cumpleaños.



En el colegio no dejo de pensar en Leo.

Ahora si es que es imposible.

Mi vecino por casi tres años estaba ocultando algo, y ese algo había hecho que de la noche a la mañana sea más simpático conmigo.

Me recuesto de la silla mientras me voy hundiendo. Micaela me llama.

—Pss. Pss...

—¿Qué Micaela? —le respondo en voz baja.

—Dago dijo que sí. Que nos va a ayudar.

Yo le hago una seña con las manos para que se detenga, por alguna razón, ahora tengo miedo. No quiero mencionar su nombre muy alto o siquiera decir

qué vamos a hacer. Nuestros planes eran top secret.

Este recreo era el primero en que yo estaba cómoda porque por primera vez, Dago me estaba prestando atención y no babeando por Micaela, como sea, le estoy contando lo que vi en la computadora de Leo, y de las fotos más que tiene.

El plan hasta ahora es hackear al hacker. Yo sé, sé que no debería hacerlo, pero además de querer besarlo, quiero saber que oculta, y por lo visto, por mí misma no lo voy a lograr.

Hoy es miércoles, el viernes fue mi cumpleaños. El viernes fue el día en que mi vecino, mi Leo, me abrazó, y me deseó un feliz cumpleaños.

Todo ha sido como un huracán, pero como siempre, o como dirá un dicho: «Después del huracán viene la calma» así está todo. Callado y silencioso. No me ha vuelto a llamar por Hablus, me temo que ahora yo me cambio de ropa y me peino por nada. No hablamos por chat tampoco. Apostaría que es porque está haciendo algo importante, algo con alguien más. Y ese “alguien” podría ser Natalie.

Me pasa una corriente de disgusto por mi vertebra.

Es que aún no me entra en la cabeza que sea su esposa. Ni me importa. Lo quiero, a él. Solo por un par de segundos y después se lo dejaré. Digo, solo tres veces, y después, después se lo dejaré.

Pero ahora tengo que averiguar que esconde, ¿Qué podía ser tan malo que no querría que se lo dijese a nadie?

—... entonces, si logramos depositar el virus en su computadora, tendremos total acceso a ella. Así de fácil. ¿Mara, entendiste?

—No. Para nada. Repite Dago, por favor. —Le hice bembita, el rodó los ojos.

—Tienes que buscar la forma de llevar una memoria y copiar y pegar todos sus documentos para abrirlos en tu laptop...

—No, en mi laptop no. Él tiene control sobre ella.

—Bueno, en la mía, la copiamos a la mía y vemos lo que hay, vemos si nos revela el secreto. Lo segundo que se puede hacer es depositar un virus en su PC, su computador se enfermará y nos dejará utilizarlo como si fuera él. Veremos todo lo que hace.

—Hay solo un problema querido, —Levanto mi dedo índice en alto—, no me llaman para cuidar a Lalie, está en una sala de tarea.

—¿Qué Mara?, ¿pero por qué no me lo habías dicho? —Micaela me pregunta.



—Bueno, se me había olvidado. Lo hizo él. No quiere que siga husmeando, no quiere que me dé cuenta de que es lo que hace allí debajo, y también lo que hace cuando...

Ring.

Es el timbre para subir de recreo. Nos levantamos los tres.

—Hoy a las cuatro en casa de Dago.

Eso fue lo que dije al subir las escaleras.

## CAPITULO 7

A la salida mi papá ya estaba esperándome. Me subí en el auto, y como siempre, tenía la radio encendida en el noticiero de las doce. En vez de ir directo a la casa, paramos en la oficina de un amigo de mi papá.

Se llamaba Fernando y no le gustaba saludarme, y mi papá insistía en que yo lo saludara, y como no lo hacía, me regañaba siempre cuando salíamos de su oficina. Eso quiere decir que el amigo de mi papá me cae mal. Y tengo que tragarme su habladero en toda la tarde temprana hasta que mi papá se dé cuenta de mi cara de malhumorada.

Ese momento era ahora. Me miró y dijo:

—Bueno Fernando, será otro día. —Ambos se levantan y se tocan la barriga.

Yo no lo entiendo, es una forma de saludarse o mostrar respeto tal vez, consiste en que se abrazan, pero no lo hacen del todo, y se palman la barriga mutuamente y sonrían o solo se ríen. Todos los hombres viejos suelen hacer

eso, y es raro. Miro a otro lado, porque es incómodo de ver, mientras espero que me llame a salir.

En el camino a casa me está reprochando por no ser más amable con su amigo. Él parece no darse cuenta que su amigo es el maleducado en la ecuación. Lo ignoro. Me hago sorda solo por ese momento.

Cuando llegábamos, Leo estaba afuera de su casa con la camisa casi por fuera, unos pantalones de tela grises y las manos en las caderas mientras miraba como Lalie saltaba con su saco del mismo color que el pantalón de Leo.

Dios. Había faltado para verlo vestido así.

Me apeé de la jippeta y para sorpresa y agrado mío, Lalie corrió hacia mí para abrazarme. Lo que causó que Leo me mirara mientras se rascaba la barbilla.

No entiendo. Lo hace a propósito. Me está matando. Es simplemente demasiado lindo y no puedo creer que es el mismo que colecciona fotos mías y video chatea conmigo. Por un segundo me sentí tan afortunada como Natalie.

Digo por un segundo, porque después recordé que ella lo tenía y yo no.

Leo saluda a mi papá.

—¿Cómo está la familia? —pregunta mi papá. Por primera vez veo en él un interés por entablar una conversación, y eso hace que Leo se interese.

—Ellos están bien. Ya usted ve, nuestras hijas se quieren. —Eso lo dice señalándonos mientras se acercaban y... ¿hablaban? Actualmente están hablando. Parece un sueño hecho realidad para Leo, ¿haciendo las paces de la guerra nunca anunciada?

Me quedaría a ver que hablan, me metería en la conversación. El problema está en que no sé disimular, no hay forma de que me pare allí y no babeé por Leo. Lo hago, es imposible para mí.

—Mara, acompáñame a casa, quiero mostrarte mi tarea.

Así es como entro por primera vez a la casa de Leo después de que el mismo me abrazara en su marquesina. Tan cerca de besarlo que siento una sensación en mi pecho que se riega por todo mi cuerpo.

Lalie me está enseñando un dibujo, pero no le hago mucho caso. Estoy tratando de ver a través de las ventanas que hacen ellos dos ahí hablando.

—¿Cómo te va en la guardería? —le pregunto.

—¿Guardería?

—Sala de tareas, ¿Cómo te va en ella?

—Bien, la señora Montilla es muy agradable en realidad. Pero papá me

dijo que tú podías cuidarme una vez a la semana, cuando él esté aquí, dice que tú eres muy pequeña como para quedarte sola conmigo aquí en casa.

—¿Él dijo eso?

—Sipi. —Asintió y guardó el cuaderno en su mochila—. No quiero ir hoy, ¿Por qué no te quedas conmigo?

—Ay no Lalie, sabes que me encantaría, pero hoy saldré con mis amigos a algo muy importante.

Entonces de pronto recordé que estaba en la casa de Leo. Y mientras Lalie llevaba su mochila a su habitación y se quitaba el uniforme, caminé a la puerta que estaba cerca de la marquesina. Otra vez estaba sin seguro y entré.

No hice nada, ni siquiera la encendí. Una mano agarró mi brazo y me volteé de resorte cuando lo vi detrás de mí.

—Mara...

—Leo, lo siento, yo no estaba haciendo nada, te lo juro, —Alzo mis manos mostrando que no tengo nada, la memoria está en el bolsillo de mi falda del colegio—, solo quería ver algo.

—¿Que más quieres ver Mara?

—Está bien, quiero preguntarte algo, ¿me vas a responder?

—Depende, pero haz la pregunta. —Se apartó de mí cuando notó que estaba cerca y se cruzó de brazos.

Yo me quedé mirándolo porque, uno: está muy lindo el día de hoy. Dos: tiene unos ojos preciosos. Tres: No sabía cómo preguntarle qué era lo que ocultaba sin que se diera cuenta que yo no sabía nada.

—¡Mara! —La voz de mi papá se oye incluso allí.

Joder.

—Tu papá te llama Mara, será mejor que vayas.

—Sí, será mejor que vaya. —Me inclino y beso su mejilla. Ha sido algo totalmente espontáneo, y antes de salir de la habitación, volteó a mirar para comprobar que aún me sigue mirando atónito.



En casa de Dago, él me enseña la memoria del tamaño de una caja de Clorets, que debo insertar en la computadora de Leo para tener acceso a ella.

Le pregunto:

—¿Entonces para qué es esta? —Le muestro la que me dio al medio día y que llevaba en mi falda.

—Era para que copiaras y pegaras la información.

—Ah, ya, ya.

—¿Y Mara cuando vas a hacer esto? Mañana es el juego de kitball. —  
Micaela estaba sentada de una forma rara y al revés en una silla de agua.

Jadeo cuando lo recuerdo.

—Mierda, ¡sí! , lo olvide por completo. Pero ni siquiera he practicado nada. Estoy oxidada.

—Que diga, mañana son las prácticas.

—Mañana mi mamá se va para un congreso de la Iglesia de tres días, y mi papá está en un juicio en el que las audiencias siempre se acaban a las tres de la tarde. Quiero decir que antes de ir a las prácticas que siempre son a las cuatro, puedo averiguármela para entrar a la casa de Leo.

—Es una estupenda idea —concordó Micaela.

—Vamos, tenemos un plan, junten las manos —dijo Dago y puso su mano en el centro, Micaela puso la suya encima de la de Dago, y yo puse la mía encima de la de ellos—, ¿y bien, que es lo que decimos cuando alcemos las manos?

—Proseev.

—¿Qué es esa mierda Micaela? —pregunto yo.

—Proyecto “Secretos en el vecindario”. Miren, lo he estado pensando: Leo guarda un secreto, o varios, porque también te acosa, y además, es en tu vecindario, y nuestro proyecto es averiguar qué es.

—Sería una misión entonces —comentó Dago.

—Oh cállate, ¡Solo quieres robarme mi idea!

—¿Robarte tu idea? Solo estoy diciendo que es un poco estúpido que digas proyecto en vez de misión o meta que es más acorde con lo que vamos a hacer.

—¿Me estás diciendo estúpida? —Micaela abre sus grandes ojos avellana.

—No Micaela, te estoy diciendo que actúas estúpido.

—Oh, tu no habrás querido decir eso... —Micaela destruye nuestro junte de manos y lo señala con el dedo índice.

—¡Basta chicos! Sé que ustedes se aman, ¡pero vamos a enfocarnos! —Les grito.

—Si Micaela, enfócate.

—No, yo no. Si actuó tan estúpido no debería ayudarlos, quédate con Mara, Dago. Jodanse los dos, tú por decirme estúpida y tú por no defenderme. —  
Micaela se levantó de la silla y salió de la habitación. Dago y yo nos miramos por un momento.

—¿Qué demonios ha sido esto? —Le pregunté frunciendo el ceño.

—No me mires a mí.

—¡Idiota, ve tras de ella! —Le golpeé el hombro.

—No Mara, yo siempre voy y tú lo sabes. Es hora de que ella se disculpe por siempre armar un boicot de la nada. Actúa como una niña

—¡Te escucho! —Voceó detrás de la puerta con voz maniaca. Yo me asusté, y Dago abrió los ojos para después formar con la boca un «¿Qué demonios le ocurre? Esta loca. »

Yo pensé:

«Quiere que la beses de seguro»

Pero no lo dije, sino que volví a pensar otra cosa:

«Al igual que quiero un beso de Leo»

Si he besado antes, no es dizque algo de lo cual no sé, ni tampoco algo de la cual sé un montón, fue a Gonzales. Por eso me obsesioné con él.

Fue un beso de pico y yo era muy joven. Ni siquiera sabía la mitad de las cosas que sé ahora. Como sea, estoy viendo los labios de Leo con el zoom de mis binoculares en el ático. Es jueves y mamá esta al salir.

Son las seis y media de la mañana y el sol ha salido porque ya estamos a inicios del verano.

No tengo idea de que hace Leo a estas horas despierto, y aunque me encante verlo bien vestido, es perturbador verlo así, sentado en el contén de la cera mirando a la calle. Me pregunto qué pensarán nuestros otros vecinos, qué pensara mi papá. ¿Qué pensará él?



Son las dos y media de la tarde y Leo no está en su casa, está Natalie solamente. Me aproximo a la puerta y la toqué dos veces.

Natalie abre la puerta, yo digo:

—Hola Natalie.

—Hola Mara, ¡tenia tanto que no te veía!

—¿Ah sí?, yo tampoco a usted. Bueno Natalie, me pregunto si usted podría encontrar el taladro que mi papá le presto a Leo, —Comienzo a toser para que piense que esa ha sido la causa por la cual no he dicho su nombre completo—, Leo... onardo.

— ¿Ahora? Es que iba a salir a dejar a Lalie a la guardería y después...

—Es muy urgente, en serio —le digo mientras entro ya que ella no me ha dicho que pase.

Me mira extrañada y yo le sonrió. Me siento en el mueble y con las manos le digo que vaya a buscármelo.

Desaparece por las escaleras.

Era mi momento, o ahora o nunca.

Me levante del sillón y trate de abrir la puerta. No, no, no, ¡está cerrada!

Piensa con claridad Mara, tienes que entrar a ese cuarto ahora o no lo harás nunca.

Bingo. Encima de la puerta, es obvio. Leo esconde la llave encima del marco de la puerta.

Abro la puerta y entro. Busco el interruptor de la luz que había olvidado encender las dos últimas veces que había entrado al cuarto. Doy un paso atrás cuando con la luz encendida veo más de tres pantallas detrás de la obsoleta que antes había visto.

Claro, ¿cómo rayos iba a verlas si estaba demasiado oscuro cuando venía antes?

Como quiera, había un solo CPU, y ahí conecte en la parte de atrás la memoria USB. Salté de alegría y salí de la habitación mientras le ponía seguro a la puerta y volvía a esconder la llave, Natalie hablo detrás de mí.

—¿Mara, pero qué haces?

—¿Yo...? —Tenía una sonrisa en la boca y escondí la llave detrás de mí. No me alcanzo el tiempo para guardarla—, si no estaba haciendo nada... solo veía esta hermosa puerta con esta hermosa pintura y oh, Natalie, que hermoso pantalón tienes hoy.

Ella me apartó a un lado y trato de abrir la puerta. Estaba cerrada. Gracias a Dios.

—Busqué pero no encontré taladro, dile a tu papá que lo venga a buscar cuando Leonardo esté aquí. —Me miraba como si quisiese descifrar algo en mí.

Yo la miré con una sonrisa. Ok, vete. Deja que ponga la llave en su lugar.

¿Mencioné lo horrible que eran sus pantalones?

Le digo:

—Supongo que me voy.

—Supones bien, porque ya debo irme... como te dije, a llevar a Lalie.

Me boto de su casa. Perra...

Leo, deja a esa mujer por el amor de Dios.

## CAPITULO 8

Corro hacia el colegio. Está lejos y me arrepiento a la mitad del camino por lo que cojo un transporte público. Al llegar al colegio, entro por la puerta de la cancha y veo que han empezado a practicar.

Aun no me hablo con Micaela. Verán, cuando ella se enoja, hay que esperar cierto periodo de tiempo para no ser humillada por ella delante de todos. Es por eso que Dago está en una esquina con lentes puestos, su laptop en sus piernas y encorvado mirando en ella.

Llego hasta él. Mi respiración está entrecortada y casi no mantengo mi aliento. Dago levanta su cabeza y las cejas.

—¿Qué pasa?, ¡estás totalmente sofocada!

—Es que vine, como quien dice, corriendo. No importa, conecté el USB, ¿ha ocurrido algo?

—Mira mi mochila, —La levanto de al lado de sus pies—, Micaela me la llenó de pasta roja y todos mis cuadernos se ensuciaron.

—¿Qué? Ay Dago yo creo que esta vez sí va en serio. —Me siento al lado de él y trato de retomar el aire—. Mira como nos mira, de seguro nos quiere matar.

—Será mejor que hagas las paces con ella.

—¡De ninguna manera! Tú lo harás primero, todo es tu culpa.

—Cuida tu vocabulario. —Abrió los ojos y dijo serio—. Mira, ¡Hey!

¡Entré, entré!

—¿A qué? ¡¿A qué entraste?! —Le topé el hombro varias veces.

—A su computadora...

Dago, sé que sabía de computadoras, pero no que era un genio. Me emocionó.

—Bien, deja ver... —Comenzó a teclear algo y después en una ventana apareció el escritorio tal y como lo había visto en la pantalla de Leo.

—Qué cosa más rara. Te juro.

—¿Me juras qué?

—Su programa, no veo nada aquí de lo que uso. No tiene Google Chrome, que estúpido es. No tiene ningún programa aquí. —Levantó las manos y señaló la pantalla.

—¿Eso quiere decir? —Lo miré a la cara, él me miró y después se rascó la cabeza.

Entró a una de las carpetas. Abrió un documento de notas con miles de códigos.

—Mara...

—¿Qué?

—Oh Dios.

—¿Qué, Dago, dime, qué mierda pasa? —Le pregunté desesperada. A Dago le encantaba crear suspenso en mí. Y yo odiaba el suspenso.

—No lo sé, todos sus archivos se están borrando de la nada... no sé a qué botón le di.

—¡Detenlo Dago que me va a matar si le daño algo de ahí! —le gritó en el oído.

Dago está sudando. En la pantalla veo como de la ventana que se abrió de la carpeta que abrió Dago, cada uno de los documentos y elementos desaparecía. Hasta que se cerró.

Me miró y luego miró a la pantalla.

—¿Qué hago Mara? —Me preguntó con una mueca.

—Eh... —comienzo a chasquear los dedos, a ver si se me ocurre algo, no tenía idea de que podíamos hacer—, entra a mi carpeta, a la que dice MDR.

El dio un clic e ingreso a la carpeta. Estaban las dos, le pedí que entrara a la segunda carpeta, “Al Azar”, a la que no había entrado antes. La carpeta se abrió y había fotos más tomadas cuando estaba sentada en los escalones esperando a mi papá. Cuando estaba con Dago y Micaela en uno que otro lugar. Oh Dios. Dago está con la boca abierta. Me sigue a todas partes.



—Mara ese tipo está loco.

Micaela llega y dice:

—Dejen de hablar de mí, idiotas... —Está sudada y con las mejillas rosadas, nos mira, y como estamos atónitos se acerca más—, okay... quiten esa cara que parece han visto un muerto.

Cuando se pone detrás de nosotros, ve las fotos mías tomadas sin yo darme cuenta en la pantalla, ellos también están ahí.

Estoy temblando.

—Esto es mucho peor de lo que imaginé, ¡el tipo está loco!

—Temo que no es lo único que hace —dice Dago y sale de la carpeta, cuando sale, en la ventana que esta el escritorio de Leo desaparece la carpeta. Al mismo tiempo la de “cosas que hacer” y queda otra con unas siglas, Dago intenta abrirla pero pide una clave.

Segundos después la laptop de Dago se apagó por completo.

Ay Dios.

—¡Enciéndela! —dice Micaela.

—¡No puedo, no hace nada! —Dago le da al botón de encendido muchas veces, que si no está dañada, la va a dañar con su ataque de paranoia—. Ay Dios Mara, ¿qué le hiciste a mi laptop!?

—¿Yo?! —Me eché hacia atrás y fruncí las cejas—. Yo no hice nada. ¿Qué hicieron ustedes!? Borraron todas sus carpetas, y me va a matar, tengo que sacar esa dispositivo USB de su habitación, ahora.

—No ahora no, ahora vas a entrenar porque mañana es el primer juego. — Micaela me sacó de mi lugar y me arrastró con ella.



Papá está comprando la cena y estoy en la casa sola ya que mi mamá esta de campamento. Tengo la llave del cuarto secreto de Leo encima de la mesa y estoy pensando en cómo devolvérsela sin que se dé cuenta.

Já.

El timbre de la casa suena y cojo la llave para guardarla en mi bolsillo trasero, donde esté a salvo. Cuando abro la puerta veo a Leo ahí afuera y le cierro la puerta en la cara.

Ay Dios.

Respiro profundo una, dos y tres veces, hasta que Leo toca la puerta de nuevo.

—Mara, dame mi llave por favor. —Su voz es monótona.

—¿Llave, qué llave?

—Entrégamela por favor... —dice, y después, silencio.

Se ha ido.

Todo es tan calmado.

Y yo quería que él me rogara... aunque sea... ¿un poco?

Abro la puerta y saco la cabeza, después el cuerpo entero, me pongo la mano en el pecho, respiro, y de pronto alguien agarra mi muñeca y me voltea, es Leo.

—Dame la llave Mara. —Reclamó, pero tenía una linda sonrisa de lado, así que en vez de pensar que él estaba serio, sonreí—, ¿No te pedí que no intentaras averiguar más? Hay consecuencias, Mara.

Entrecerré los ojos mientras me zafaba de su agarre.

—¡Tú le dañaste la...!

El sonido de la bocina de mi papá hace que Leo se aleje de mí a varios pies. Estoy aliviada y muy enojada. Pero quería seguir hablando con el...

—Papi... —Sonrío. Lo voy a recibir con un beso y un abrazo como hago siempre—, ¿trajiste la cena?

—Si, en el baúl, ¿Qué hace Leonardo aquí? —Tiene el ceño fruncido y pregunta tan alto para que si yo no pueda responder, Leo responda. Mis manos están sudando frío.

—Yo... —Leo se acercaba con las manos en el bolsillo, ¿Por qué no estaba nervioso? ¡Yo podría delatarlo!

Es que no lo voy a hacer, es por eso que está confiado.

—Tengo el abrigo favorito de Lalie y Leo vino a pedírmelo pero le dije que no puedo dejar pasar nadie mientras estoy sola en casa, así que papi, estábamos aquí afuera y le iba a buscar el abrigo, pero llegaste tú.

Yo sé que no se la creyó. Mi papá es muy sabio, quiero decir, demasiado. Y amo que aunque él esté pensando que hay gato encerrado, no me enfrentara ahora, sino después, e indirectamente.

Es hora de subir la guardia alrededor de Leo, Mara.

Eso fue una nota mental.

Entré la cena que papá compró a la casa, y los dejé a ellos dos hablando afuera. Al parecer Leo está cumpliendo su sueño múltiples veces de hablar con mi papá.

No es sino cuando mi papá me vocea:

— ¡Mara!, ¿y no traerás el abrigo de Lalie?

Me levanto del sofá (estaba boca abajo tratando de no gritar «¿Qué demonios está pasando?») y camino a mi cuarto de redes, salgo porque recuerdo que no hay ropa allí y voy a mi habitación. Una vez, lleve a Lalie a dar un paseo y me quede con su abrigo en la mano sin darme cuenta, lo había guardado en mi armario para poder usarlo como excusa para ir a la casa de Leo un día, pero ahora, debía de usarlo para salvar mi pellejo.

Ah y el de Leo.

Se lo llevé y volví al interior de la casa.

Estaba tratando de ser optimista con todo esto. Mientras cenaba con mi papá, estábamos en silencio, él estaba un poco molesto con mamá por haberse ido, y ahora estaba sospechando de mí. Cuando terminé de cenar me levanto para lavarme las manos, y recojo los empaques vacíos de la mesa.

—Papi, mañana juego kitball, estoy en campo izquierdo, ¿me vendrás a ver?

—Lo siento Mara, pero tengo audiencia mañana, es el juicio preliminar...

—Ah, okay, está bien. —Boto los empaques en la basura y subo a mi habitación. Cuando me quito la ropa para ponerme la pijama (ropa desgastada y cómoda que uso para dormir) la llave cae al piso, y suena por toda mi habitación.

Mi papá toca la puerta.

—Pero si después hay otro juego, veré si voy... —Su voz se escuchaba amortiguada detrás de la puerta.

—Te aviso entonces, buenas noches papi. —Le respondí mientras recogía la llave del piso, y la guardaba en mi gaveta de ropa.

Solo cuando la casa entera estuvo sumergida en el silencio estuve segura de que papá se había dormido. Salgo de mi habitación de puntillas hacia mi cuarto de redes, allí abro mi laptop y entro a Hablus.

«Te invito a mi juego de kitball mañana. »

Respiro profundo, y después, lo envío.

## CAPITULO 9

El sol está haciendo su aparición estelar y cubriendo todo la cancha. El juego está por empezar, y el equipo contrario, las de la Escuela Secundaria Trinidad, se enfrentara a nosotras, C de O, lo que significa “chicas de oro”, ese es el nombre de nuestro equipo.

Las chicas de Trinidad son campeonas regionales y siempre se burlan de nosotras en la cancha. Sin embargo, este juego no es tan importante, es solo uno de exhibición para prepararse para el gran torneo y calificar a las regionales, y de las regionales, a las nacionales. Una sola vez estuve, me refiero a las nacionales, pero fuimos eliminadas en la primera ronda. No es que me lo tome todo muy a pecho, pero me gusta ser mejor en lo que hago.

Kitball consiste en jugar béisbol, pero en vez de un bate, usamos el pie. Y esas mujeres la mayoría son robustas y grandes, y en nuestro equipo no hay muchas así, así que quizás perdamos.

Nos toca abajo y ya estoy en mi posición, por el sol no puedo ver a nadie en las gradas, es más, ni siquiera veo la pelota venir. Está quemando mi piel poniéndola más oscura que de costumbre. Voy a terminar calcinada.

Pom.

El primer pelotazo se lo llevo mi brazo, bien, y ni siquiera ha empezado el juego, estamos calentando los pases. Me froto mi adolorido brazo quemado por los rayos del sol y golpeado por la pelota de caucho.

Para el kitball, utilizamos una pelota de voleibol porque las de básquetbol son más duras, difíciles de patear, y porque atrapar una pelota de esas a una velocidad avanzada mientras viene por el aire es algo terrorífico. La goma quema tus manos y le da tan duro que te las deja rojas. Por eso no la utilizamos.

Me acomodo abriendo las piernas, y subiendo más mis pantalones, me inclino hacia delante y echo el trasero para atrás, después pongo las manos en las rodillas y espero que el primer bate de las Trinitarias patee la pelota.

Micaela le picha la pelota en un pase lineal muy perfecto, como si le estuviera regalando el juego, y la chica la patea. En primera base, Casandra

atrapa la pelota que la de segunda le pasó y así tenemos el primer out.

Después vienen los otros dos y ya estamos arriba. Al menos no nos bajaron ninguna carrera.

Yo era el séptimo bate, así que cuando teníamos segunda y tercera base llena, y dos outs, me toco batear a mí. Algunas de las chicas estaban riéndose y actuando como bobas, y pensé que lo estaban haciendo por los chicos, y sí, era por los chicos, pero yo no tenía a nadie que me gustase cerca. Me da completamente igual.

—Mara... —Micaela me haló, la chica que iba pichar hizo un ademán de estar enojada por su acción—, no mires ahora pero Leo está en las gradas.

—¿Qué?

Maratón de hormigas en mis piernas ha empezado, son miles, y hacen que tiemble.

—¡Strike! —Voceó la chica detrás de mí y la mire de mala forma mientras ella volvía a lanzarle la pelota a la piche.

Me decidí a volver al home para patear. Ella lanza la pelota y yo la pateo, después corro a primera base, una carrera bajó y seguí corriendo a segunda, ahí me di vuelta y busqué en las gradas a Leo, con mis manos trato de tapar el sol y ver más claro, y cuando conecté miradas con él, él alzó su mano derecha y me saludó. Y yo sonreí y lo saludé igual.

—¡Que corras a primera! —Me gritó en el oído Sam, ella era la que estaba en segunda base antes y la de tercera base ya tenía la pelota, nos teníamos que devolver, yo tenía que volver a primera base pero estaba muy ocupada buscando y saludando a Leo como para darme cuenta que movimientos tenía que hacer.

Cuando corrí a primera me hicieron out. Bajamos de nuevo, y todas ellas me reprocharon menos Micaela. En todo el resto del juego no podía dejar de mirar hacia donde él, lo que bajo mi promedio en todo el partido porque era un colador para las pelotas en campo izquierdo y cuando me tocaba batear. Eran las hormigas, seguían allí.

Ahora estoy en la banca porque el entrenador me mandó, sé que es por mi rendimiento, nadie me lo tiene que decir. Estamos empatados con cinco carreras y solo quedan dos innings, me quito el sudor con las manos.

Sudo la nariz, y créanme, es la cosa más irritante del mundo. Esas incesante gotitas en el mismo puente de la nariz causadas por mi sudoración que parecen un envío de alguien que me odia mucho.

Me escabullo de la banca para ir a las gradas, cuando me siento al lado de

Leo, él está tecleando en su celular y lo baja rápidamente.

—¿Tomaste buenas fotos de mí? —Le pregunté con sarcasmo.

—¿Qué?

—Gracias por venir. —Le sonreí—. En serio.

—En realidad vine porque quiero responderte algunas cosas.

—¿De verdad?

—Responderé lo que tú quieras...

Sonreí y me eché hacia delante.

—¿Aquí?

—No, iremos a algún lugar.

Mi corazón latió rápido, estar con Leo a solas. Lo que iba a salir de mi boca era un: “Sí Leo, voy contigo donde sea amor.” Pero mordí mi lengua y me aguanté con el pensamiento de que yo no sé quién es él en realidad. Y además, Micaela me está mirando raro desde el otro lado de la cancha.

—No puedo —miento. Después de este juego le había dicho a mi papá que iría a la casa de Micaela y me tenía que ir a buscar allí.

Él no hubiese accedido, pero como la casa estaba sola porque mamá regresaba mañana, y no le gustaba que estuviere sola en la casa, dijo que sí. ¿Y qué pasará si no estoy en la casa de Micaela cuando mi papá llegue?

—Yo pensé que querías saber —sonó calmado.

Ay Dios, ¿por qué lo hiciste tan lindo y adorable?

—Si le arreglas la laptop a Dago.

—Si me devuelves mi llave.

—Si me dices que escondes.

—Te digo si vienes conmigo. —Se alzó de hombros.

Touche amigo, touche.

Me sequé la nariz otra vez y lo miré como si estuviera enojada, él sonrió de lado y se recostó de la pared que tenía detrás, mirando el juego y olvidándose de mí allí.

—Está bien, te veo en media hora en el parqueo.

—No, en la esquina de la papelería en quince. —Se levantó y se fue.

Ay Leo, no hagas que te coja odio que no me conoces nada...

Cuando vuelvo a la banca para buscar mi bulto con mi ropa normal, Dago me hala del brazo y yo me volteo brusca hacia él.

—¿¡Qué te pasa!?

—¿Qué hace el psicópata de tu vecino aquí?

Me relajo y lo miro mientras me vuelvo a bajar para coger mi bolso debajo

de la pila de otros bolsos. Son todas unas desordenadas, mi bolso enterado en la pila es una prueba de ello.

—Viéndome jugar.

—¿Por eso jugaste tan mal?

Lo golpeé en el hombro.

—Ya, ya... ¿A dónde vas?, ¿Qué harás con mi laptop?

—Eso voy a hacer, voy a solucionar todo. Me voy con él, dile a Micaela que me cubra.

—¿Qué te cubra? Ella no va a querer, ¿en serio vas a ir a no sabes dónde con tu acosador?

—Vive al frente de mi casa, créeme, él no me va a hacer nada que yo no le permita.

Abrió los ojos e hizo una mueca.

Yo reí.

—No idiota, eso no.

Porque todos los hombres siempre piensan en eso. Siempre.

Tomo mi bolso y me dirijo para salir por la salida de atrás, escucho que alguien me está llamando, quizás del equipo, pero no hago caso y me termino de escapar.

En el lugar que Leo me había dicho estaba su auto, y respiré profundo antes de subirme.

Leo maneja, y yo me quedo mirando mis tenis en silencio. Quizás debería hablar y empezar a preguntarle, pero es que no tengo idea de cómo empezar.

—¿Sabías que tú y tus amigos pueden ir a la cárcel por intentar hackear mi computadora?

—¡Oh, ya! tú también podrías ir. Te recuerdo que coleccionas fotos mías. Y dañaste la laptop de Dago. Y escondes algo. Tu sí que tienes todas las de perder. —Crucé los brazos.

—Utilizo un programa que bloquea mis archivos si alguien intenta entrar a mi PC, también mantiene mi dirección de IP escondida, ¿te das cuenta el daño que me pudiste haber hecho si los hubiese dejado continuar con su experimento?

Detuvo el auto, no tenía idea de dónde estábamos, era un vecindario silencioso y vacío, consistía en varios bloques de casas todas parecidas y con pequeñas diferencias notorias, por alguna razón, no había nadie afuera de sus casas.

—Lo que hay ahí es mi trabajo, y tú no tienes que saber que es, solo métete

en tus asuntos Mara. Nada de lo que has visto hasta ahora lo has visto sin que yo lo permita, ¿entiendes?

Wow. Él tiene el control. Se me hace lindo. Pero también me siento ofendida, mi semblante cae. Me enojo. —Es mi asunto porque me tienes ahí.

—Borré tu carpeta. No vuelvas a husmear Mara, en nada.

Parecía tan serio cuando lo dijo, ¿pasó todo ya?

Dejé de mirarlo porque iba a llorar.

—Tú dijiste que me responderías mis interrogantes.

—A ver..., ¿cuáles son? —me preguntó tras soltar el aire que tenía en los pulmones.

Respiré hondo mientras trataba de recordarlas todas:

—Primero; ¿cuándo empezaste a coleccionar fotos mías?, ¿qué es la carpeta con códigos?, ¿cómo puedes manipular mi laptop?, ¿cómo apagaste la laptop de Dago?, ¿qué harías si Natalie se da cuenta de todo esto?, ¿por qué no tienes un navegador convencional?, ¿qué es lo que haces a tardes horas de la noche? —Me volteo hacia él y lo señalo—, si porque siempre te veo salir, —Él se echó hacia atrás con una sonrisa divertida. Idiota—, también, ¿porque eres tan confuso?! Y último, pero no menos importante, ¿qué le ves a Natalie de linda?

Lo último se me escapó y me tapé la boca, luego volteé mi cuerpo hacia la ventana y maldije arrugando mi cara.

Soy tan idiota.

—Soy agente de ventas, y también trabajo con computadoras y en el diseño de nuevos programas. Creé Hablus y le di promoción al público que quería, así que me sorprendió ver que tú y tus amigos crearon una cuenta allí. Envié un gusano para ver que hacías, para qué lo querías, y no sé Mara, es entretenido verte mirar desinteresada tu laptop y después bloguear sobre tu vida. Hablaste de mí y lo leí, y después siempre iría a ver que más decías de mí, se volvió algo así como en un hobby.

—¡Eso es acosar, Leo!

—No lo es —dijo jugando con la llave del auto, ¿qué le daba risa de todo esto? Ese...

—Sigue respondiendo... —Le insté.

—Dago tiene Hablus, así que puedo controlar la suya también, y la de tu otra amiga de ojos grandes. —Lo golpeó en el hombro y él sé que mirándome con cara de “¿por qué lo hiciste?” Mi respuesta es la hormonas, trato de responderle mentalmente pero no tengo esa capacidad, si la tuviera él sabría



que lo quiero besar justo ahora—. De lo demás Mara, no tienes nada que ver, no te incumbe en lo absoluto, así que como te dije, no te metas en mis asuntos.

El arrancó el auto de nuevo y estamos regresando por donde mismo vinimos. Creo que está enojado porque lo golpeé o quizás porque me referí a su esposa como si fuera fea, pero se supone que yo debo estar más enojada porque no me ha aclarado nada en realidad.

Me quedé mirando a la calle y después una teoría se forma en mi cabeza.

—Ya sé que eres.

Él se quedó en silencio.

—Eres un espía... hackeas la computadora de la personas, ¿pero para qué?, ¿y cómo se relaciona eso a tus salidas nocturnas?

Él deja de mirar a la calle y me mira a mí por unos segundos. Luego vuelve a mirar el camino, estamos llegando a mi escuela de nuevo.

Me pongo las manos en la frente.

—Creo la parte que me dijiste, pero tiene que haber una razón de por la cual creaste Hablus, y sé que es ilegal, ¿eres de la CIA?

—¿CIA Mara, en serio?, ¿en este país? —Me miró incrédulo haciendo una mueca. Juro que es demasiado bello cuando hace muecas. Juro que es demasiado bello incluso solo respirando.

—Quiero saber Leo, por favor, quiero saber que no haces nada malo.

Se detuvo en el mismo lugar que me había subido antes.

—No voy a mentirte. Y realmente espero que pares de meterte en mis asuntos, la laptop de Dago está bien, y ya no tengo acceso a tu computadora, ya estamos bien así, solo falta mi llave.

Por casualidad no casual, la tenía en el bolsillo de mi bolso de ropa, la saqué y se la tire en el asiento del copiloto.

—Bien, que te jodan entonces. —Cerré su puerta de modo que el dio un respingo dentro del auto.

Me doy vuelta y entro al colegio, ¿cómo se atreve? ¿Piensa él que las cosas son así tan fáciles?

Según él, yo ya no le intereso. Quizás solo le gustaba burlarse de mi enamoramiento con él, y nunca sintió nada por mí, oh idiota y lindo Leo, no se va a quedar nada así.

Quiero llorar y también quiero saber qué pasa.

Vuelvo a entrar por donde me escapé y ya la gente se está yendo o ya se ha ido la mayoría, en la cancha está el entrenador y un grupo de muchachas, pero no veo a Micaela ni a Dago, así que vuelvo a salir.

Sigo con mi ropa de jugar y empiezo a caminar hacia la casa de Micaela, se suponía que su mamá me llevaría, pero yo andaba con mi vecino así que no creo que me fueran a esperar.

Me puse mi bolso al hombro y observé como el cielo se iba poniendo gris. Iba a llover, y si algo sabía de las lluvias cuando hace calor es que dan gripe. Y gripe mala.

Mientras algunas gotas empiezan a pintar el asfalto caliente y el olor empieza a subir, comienzo a maquinar mis teorías. De alguna forma tengo que resolver el enigma, tengo que saber sus razones, tengo que averiguar a cuál publico él dio la publicidad para Hablus, y también el por qué es ilegal.

Llego a la casa de Micaela y subo corriendo los dos pequeños escaloncitos. Toco la puerta y Dago me abre, su sonrisa se pasma cuando ve mi cara de “estoy decepcionada, triste, sola y algo mojada” abrió la puerta más y una Micaela sonriente repite la misma acción que Dago y se levanta del mueble para recibirme.

—Ay Mara, entra a cambiarte de ropa y cuéntanos todo lo que paso.

Entonces me pongo a llorar sin razón aparente y entro a la casa, saludo de lejos a la mamá de Micaela quien está en la terraza y solo puedo ver su cabeza recostada de una mecedora. Me encierro en el baño de Micaela a quitarme el sudor, la pena, y las gotas de lluvia.

## CAPITULO 10

Tengo mi cabello en un recogido alto y está un poco mojado en los bordes, me estoy untando crema mientras Dago y Micaela esperan impacientes que empiece a hablar. Se ven como dos niños pequeños sentados allí mirándome.

Exhalé todo el aire que retenían mis pulmones, y me dispuse a hablar:

—Me dijo que no era mi asunto, y que no debía meterme más.

—¿Qué más? —Micaela se estaba mordiendo el labio.

—También que la laptop de Dago ya sirve, que un programa que él tiene bloqueo el acceso a su computadora y por eso todo se borró... —Puse el envase encima de la cama y después miré el suelo—, aunque después me dijo que tenía acceso a tu computadora mediante un gusano.

—¿Un gusano? —repitió— Imposible, tengo el mejor antivirus del mundo. Detectaría el malware donde sea.

Su rostro se veía tan confiando que casi no quise contradecirlo. Dago podía ser muy susceptible en cuanto a sus aparatos electrónicos, eso, y su amor por Micaela.

—Fue mediante Hablus.

—¿Y qué tiene que ver Hablus con Leo? —Micaela preguntó, su tono de voz subió como diez decibeles.

Me puse las manos en la sien. Algunas veces, la voz de Micaela podía ser la más irritante de todo el mundo, y estaba bien, ella era mi amiga, y de alguna forma, estoy acostumbrada a todas sus mañas, pero esta noche particularmente, tengo migraña, y estoy muy decepcionada como para ser tolerante.

—Él creó Hablus.

—¿Qué demonios? —Nunca imaginé que la cara de Dago pudiese expresar tales muecas.

—Lo utiliza para espiar.

—¿Espiar? —La boca de Micaela cae abierta, sus ojos como dos platos miran a Dago y después a mí.

—¿Y para que él espía, quiero decir, que es lo que busca?

Miro a Dago, ¿no será que les estoy diciendo demasiado?, ¿que los estoy involucrando? Digo, estoy enamorada de Leo, y no, definitivamente no le quiero acarrear problemas, pero ellos no sienten nada por Leo. Pueden delatarlo. Por eso me guardo mis teorías, no se las diré.

Muy arriesgado.

—No lo sé.

Micaela cierra la boca y se endereza.

—¿Por qué llorabas?

—Me dijo que ya no tiene acceso a mi computadora, y que ya no tiene mis fotos, y que prácticamente deje de joderlo o algo así, ¿no es la suficiente razón para llorar Micaela?, ¡No lo he besado!, y adivina que... ¡me sigue gustando!... demasiado. Todo en mí quiere su beso demasiado, él es demasiado lindo y no me importa si es un asesino o un espía de la CIA, quiero con él. —Hago bembita—. Demasiado.

Dago mira a Micaela sin palabras.

—La perdimos. —Anuncia.

Me muerdo el labio con nerviosismo al recordar algo.

—Chicos, chicos, ¿recuerdan de dónde saque Hablus?

Otra vez voy a hablar demasiado, Dios.

Micaela miró a Dago y se levantó de la cama.

—Solo nos pasaste el link en realidad.

—Yo estaba limpiando el correo de mi papá y le había llegado una solicitud, me reenvió el correo y después lo borré. Me pareció muy interesante un servicio gratuito con beneficios como el que tiene así que por eso los convencí a ustedes. Y aquí lo importante no es que tengamos Hablus, lo importante es que, ¿para qué demonios quería Leo tener acceso a la computadora de mi papá?, y, ¿cómo es que mi papá pertenece a los círculos...?

—¿Círculos? —Preguntó Dago.

—A los vínculos, ¡al público por el cual creó Hablus!, ¿se dan cuenta que Leo puede ir a la cárcel por el solo hecho de crear malware o de tener el acceso a todas esas computadoras que tienen instalados Hablus en su disco

duro?

Micaela encendió su PC, y entro al panel de control para desinstalar su Hablus.

—Voy a acusarlo Mara —dice seria, ¿no estará hablando en serio esa demente no?—. Es un espía o algo peor, y no me importa cuanto lo quieras besar, nos puede hacer daño.

En la pantalla, Hablus se estaba desinstalado y Dago trataba de mirar mi reacción.

En ese instante, suena la bocina de mi papá, ya me vino a buscar. Mi corazón late muy rápido.

Tonta Mara, ¿por qué les dijiste todo a ellos? Tonta, tonta.

Me pongo la mano en la cara mientras recojo mi bolso.

—Por favor Micaela, por lo que más quieras, no hagas nada. Ya todo acabo, ¿bien? Todo acabo, si lo haces me harás daño, ¿le harás daño a tu mejor amiga?

—¡Mara!, ¿y si él te hace daño a ti?, ¿no has pensado en eso? Además, es obvio que todo lo que ha querido desde un principio es a tu papá. —Se volteó para enfrentarme, subiendo la voz.

—Eso sonó tan raro, ¿estás diciendo que es gay? —Dago puso una expresión de asco chistosa, y por ese momento entendí el enamoramiento que tenía Micaela con él.

—¡No! —Le grito yo en la cara, muy ofendida.

—No... —responde Micaela despistada, mirando a Dago como si él estuviera loco—, quiero decir que la solicitud de Hablus por correo era para su papá, y que tú me dices que Leo siempre quiere hablar con tu papá, y como tu papá es abogado, quizás Leo quiera algo que él tiene, algún documento, yo no sé.

—No hagas nada, solo olvídale... —Alzo los hombros y le sonrió para que confié en mí—, ¡olvidemos que toda esta mierda paso!... esperen, ¿qué paso? Nada, ¿cierto?, ¿cierto?

Dago asintió y Micaela se negaba a mirarme.

—¿Cierto, Micaela? —rogué.

Escondió los labios y se echó en la cama a boca bajo.

—¡Voy a decirles a todos lo que hiciste en el campamento de...!

Micaela se levantó de la cama y me tapó la boca tumbándome al piso. —Ya niña, ¡no diré nada, no diré nada! —Me gritaba en el oído.

Hasta que se levantó y yo me levanté del suelo. Eso siempre funcionaba.

Cogí mi bolso y bajé las escaleras. Mi papá hablaba con la mamá de Micaela y después me subí en el vehículo.

En el camino estamos en silencio, hasta que él dice:

—Entonces... ¿dónde estabas?

—¿Eh? —Hice una mueca y lo miré.

—La mamá de Micaela me dijo que no llegaste con su hija y Dago, entonces, ¿Dónde estabas?

Diablos.

Perdón, yo no suelo maldecir... ¿pero qué mentira útil iba a usar yo para zafarme de esta?

—Eh... yo... —No gaguees Mara, no te va a creer—, tuve que ir con una chica a buscar unos... ¡pantalones!, para practicar... y son unos... pantalones especiales. Se fabricaron con tela para pantalones de ese tipo y me lo iba a prestar porque los necesitaba... y... y... y...

—¿Y?

—Y eso, papá, que más te puedo decir, ¿y mamá?, ¿te llamó? —Cambio el tema y él se da cuenta. No está satisfecho.

—Mañana necesito que me ayudes a redactar una defensa, tenemos un nuevo caso.

—Ah, ¿ganaste el otro caso del chico acusado de vender drogas?

—Logramos que le bajen la fianza.

En el resto del viaje todo fue en silencio. Papá seguía actuando sospechoso sobre mí por encontrar a Leo en la casa, o afuera de la casa mientras no estaba, y que la boca suelta de la mamá de Micaela (en realidad, ella me caía bien, pero NUNCA puedes confiar en adultos, nunca.) le dijera eso a mí papá. Así que estoy en desventaja, tengo que subir la guardia porque no conviene que mi papá sepa nada.



Las cosas en casa han estado un poco tensas después de que mi mamá volvió de su congreso o de lo que sea en donde estaba (aunque siempre lo han estado) ahora más. Pues a mí papá no le gusta mucho la entrega que tiene mi mamá a la religión y por eso pasó todos estos días diciéndome como ella nos había abandonado, y que por eso yo estaba de mi cuenta, y cuando mi mamá regreso, y le conté, se enojó, porque decía que mi papá estaba poniendo cizaña entre nuestra amistad madre e hija, y para mi mamá, eso era serio.

Así que después de un tira y afloja argumentos, las cosas se han quedado así, tensas, y me tiene los nervios de punta.

Y además, sé que tengo la culpa, yo y mi gran bocata siempre.

Estúpida Mara.

Estúpida, estúpida.

Como sea, ha pasado casi dos semanas desde que Leo me pidió que me saliera de su vida. ¿O eso fue lo que dijo? Soy tan mala recordando...

Pero bueno, como papá no quiere que salga mucho, y Leo no quiere que me meta en su vida, no he cuidado a Lalie, es más, raramente la veo, o al niño, o a Natalie. Y mucho menos a Leo. Porque por alguna razón me da terror ver por el ático. Así que Mara Del Rosario está atravesando una crisis.

Una que hace que ella hable en tercera persona.

Aunque ya no tenga el miedo (no era miedo, me agradaba) de que Leo me vea a través de mi cámara web, ni siquiera puedo usar mi laptop. No sé qué tiene, esta defectuosa, y creo que me va a matar si se entera. Hablo de mi papá, él es muy meticuloso sobre en qué gasta dinero.

Así que como no la estoy usando estoy tratando de ver televisión.

“Tratando” porque los Montés compraron una nueva mascota, o dos. Un chihuahua y un pastor alemán, los dos viven peleando siempre, aunque ellos consideran que están “jugando”

El pastor alemán lo compraron para que cuide del chihuahua.

Estoy viendo Los Simpson hasta que mi mamá me llama a la puerta.

—¿Y tu papá? —Me preguntó entrando la cabeza en la habitación.

—Salió.

—¿Y bien, a donde sí se puede saber señorita? —Terminó por entrar el cuerpo entero.

—A trabajar. ¿Por?

—Cuando llegue, dile que quiero que asista a una cena que Katherine Montés y yo estamos organizando para este jueves.

Nuevo flash, mi mamá y Katherine son más amigas que Natalie y mi mamá. Y algunas veces eso me molesta, pero bueno.

—Está bien.

—Y no le menciones que los Torres también irán que tú ya sabes cómo se pone.

Eso último hizo que mi mamá sonriera.

Bueno ahora estoy feliz.

Feliz y nerviosa... porque tengo mucho que no lo veo... porque su presencia

siempre me ha puesto nerviosa.

Así es como mi cara se pinta de colores y sonrío, y creo que mi mamá lo está notando, así que reprimo mi sonrisa y vuelvo a mirar a Marge reprocharle a Homero por estar borracho en su cumpleaños.

## CAPITULO 11

Rojo, azul, amarillo, verde, naranja, gris... uhm... ¡rosado!

No, no es un examen de colores. Son pulseras.

Micaela y yo estamos en Variedades Chin, una tienda de japoneses ubicada en el centro de la ciudad. Son las cuatro y media de la tarde, y como le había prometido a Micaela, la estoy acompañando a comprar accesorios.

De vuelta a los colores, no soy como todo el montón que definitivamente no es del montón que no le gusta el rosado y ama el azul, amo el rosado, aunque a veces lo odie, pero lo amo. Entonces, a la hora de comprar algo, primero, compro uno rosado y después uno de cualquier otro color.

Micaela tiene las manos llenas de muchas pulseras, y como siempre, detrás de nosotras esta una de las trabajadoras observándonos a ver si no nos robamos algo.

Al final de la compra, Micaela había comprado siete pulseras con colores chillones y yo tenía tres: rosado, rosado pastel, y amarillo. Estamos caminando por la acera mientras nos ponemos las pulseras en la muñeca.

Micaela me dice:

—Mañana quiero que vayamos a comprar una miel de abeja en el mercado



después del colegio y te quedas en mi casa a comer, ¿le dices a tu papá?

Bueno, antes, cuando mi papá no me buscaba al colegio, yo y Micaela salíamos a todas partes después del colegio. Supermercados, tiendas, mercados, y todo eso que te puedas encontrar en el centro de la ciudad. Es esa ventaja que tienes cuando tu colegio está ubicado allí, en el centro de la actividad económica.

—Lo siento Micaela, pero mañana hay una cena de vecinos, y planeo ayudar a mi mamá a sazonar las carnes.

—Bueno, pero aún me puedes acompañar a comprarla.

—¿Para qué quieres miel de todos modos? —le pregunté.

—Voy a exfoliar mi piel con azúcar morena y miel, ¿y para que quieres tú sazonar?, ¡ni que te gustara cocinar tanto!... —Micaela se quedó callada por unos segundos y adiviné de que iba a hablar—, ¿es por Leonardo cierto? Yo pensé que habías olvidado eso.

—Y lo he hecho. —Miento, pero en parte. Quiero decir, ya no lo estoy acosando dizque tanto.

Aun así sonrío de inmediato. Cada vez que escucho mencionar su nombre, o pienso en él, sonrío. Eso haces cuando te enamoras de alguien. Supongo.

—Porque si rompes tu promesa voy a ir a acusar a tu amor en la policía, o peor aún, le diré a tu papá que es un acosador.

—Bien. —Acepto a regañadientes.



Entonces todo el mundo está en la cena en casa de los Montés, los del Rosario, los Torres, los Montés, y otra familia de la cual no me sé el apellido, solo sé que tienen los niños mezclados más lindos que he visto jamás. Ni siquiera bromeo. La mujer es afroamericana, y su esposo es de los países bajos. No pregunten como se juntaron o que hacen viviendo en mi país. Yo solo sé que sus hijos son hermosos, una tiene ojos claros, castaños, y el niño tiene ojos azules muy claros, tiene el cabello ondulado de un marrón intenso mezclado con un rubio pardo. Es que no parecen reales, dije que eran hermosos, y no miento.

He retomado mi misión. Pero estoy esperando el momento indicado. Los cuatro hombres están hablando, y Leo se ve tan lindo con su cara desinteresada allí sentado, o de vuelta allí, quizás solo está pensando en un malévolo plan, y todos lo miran tan santo.

Ese pensamiento me hace sudar, me estoy desesperando con el bullicio que tienen los hijos de estas familias, y los perros.

¡Esos perros no se han callado el hocico!

Mi plan hasta ahora es esperar que todos coman, y cuando estén extasiados, escabullirme a casa, con la excusa de que tengo demasiado sueño como para estar más tiempo despierta.

Después de que la primera fase de mi plan está completada, camino por la acera con el rostro de mi papá en la cabeza. Es porque sigue raro conmigo. Sospecha mucho de mí, y está esperando el momento indicado para acribillarme con preguntas que buscan sacar la verdad.

La segunda fase de mi plan consiste en entrar a la casa de los Torres por detrás, después tratar de encontrar la llave, entrar al cuarto de Leo y buscar algo que me dé algún indicio, pero en la mitad de la segunda fase fui interrumpida por alguien.

Ahora la fase tres ha cambiado de significado: salir viva de este embrollo.



Mi gran escenario ahora es la cara de mi furioso papá y la de Leo explicando su gran mentirota mientras yo tengo la cabeza hacia abajo mirando en el césped de los Torres. Natalie, mi mamá, y todos los demás siguen en la cena.

—... quiero que su hija deje de husmear en mis cosas y es todo.

Fue lo que dijo al final. Y en ese momento lo quería ahorcar.

Literalmente.

Oye Leonardo Torres, ¿por qué juegas este juego?

—¿Tienes algo que decir sobre esto?

Cuando levanto el rostro y veo la cara de mi papá por unos segundos, le sonrío, luego viajo a la cara de Leonardo y él levanta una ceja, yo también levanto una y digo:

—Lo siento, no lo volveré a hacer.

—Yo también lo siento Mara, no quería llegar al punto de decírselo a tu papá, pero le tuve que contar todo.

Mi cara empalideció, ¿en serio le dijo que él colecciona fotos mías?

—Sobre esa noche cuando fui a buscar la cosa que me robaste y todo eso. Creo que las obsesiones hay que detenerlas a tiempo. Antes de que nuestra bella amistad, Señor Rosario, se destruya. —Claro. No le va a contar sobre

sus métodos de espiar. Algunas veces pienso cosas tontas.

Leo le ofreció la mano a mi papá pero mi papá no le hizo caso y siguió con los brazos cruzados. Yo me reí en silencio.

Oh pero esperen, ¿acaba Leo de decirle a mi papá que lo acoso y le robo cosas de la casa?, ¿cómo se atreve...!

—Descuide que no volverá a ocurrir nunca más. —Mi papá dijo—. Mara ve a acostarte.

Entonces ahí fue que asesiné con la mirada a Leo y fui a mi habitación. Ahora no solo mi papá desconfiaba de mí. Ahora había este gran abismo donde estoy segura de que nunca más creará mi palabra.

Soy idiota, porque solo tenía que decir que era todo lo contrario, que entrara a su habitación y descubriera los secretos de su PC, pero eso sería algo muy arriesgado si quiero que Leo viva casi al frente de mi casa para toda la vida. O de si quiero besarlo.

Me acuesto en la cama a pensar como fracasó mi fase dos: después de entrar exitosamente por la ventana de un cuarto había encontrado mi camino adentro de la casa, y estaba buscando la habitación de Leo, pero escuché que abrieron la puerta, cerré todo para huir de la casa, cuando iba bajando las escaleras vi a Leo y a mi papá esperándome en la entrada de la casa.

Después pasó lo de hace un momento, eso de suicidar mi inexistente vida social porque no tenía idea de cómo explicarle nada a mi papá.

Leo es un traidor, vaya.



Después de que mi papá y mi mamá tuvieran otro argumento por mi comportamiento, todo estaba más o menos en calma. Al fin pude respirar.

Todo había ocurrido más o menos así:

Papá diría—: Tú no sabes cómo darle costumbres a tu hija, ¿cómo demonios va estar robando cosas de los vecinos?

Mamá se defendería—: ¿Y por qué es mi culpa?, ¿quizás solo está tratando de llamar tu atención!

Papá indignado respondería—: ¿Yo no le doy atención?, ¡pero si tú te la pasas en la calle!

Mamá entornaría los ojos y le respondería—: ¿Otra vez con eso?, ¡tú trabajas veinticuatro siete!

Y así siguieron hasta que dieron las once. Comenzando con mi

comportamiento hasta quedarse discutiendo sobre cómo no bajan la silla del inodoro en su turno del baño. Era algo estúpido.

Estuve con mi cabeza debajo del almohada y después la saqué para respirar, salí de mi cuarto hacia el de redes, y cuando inicié sesión en Hablus, solo tenía de contacto a la chica de la otra parte del país, porque Dago eliminó Hablus, y Micaela también, Leo me eliminó de sus amigos después de que el mismo se aceptara, y quizás ahora la otra chica era su “enganchamiento”. Cierro mi laptop y escucho el sonido de un auto arrancar.

Traté de no hacer ruido y bajar a la sala. Por la persiana, vi como el auto doblaba la esquina. Iba quitar mi cara de la persiana cuando vi a Leo cerrar la puerta de la marquesina y así me di cuenta que la que salía a esta hora era Natalie.

Yo juraría que a verse con el amante. Pero Leo se ve muy tranquilo.

Muy tranquilo como para haberme traicionado.

Abro la puerta y cruzo la calle descalza. Toco la puerta cuatro veces antes de que un Leo en pijamas me abra la puerta.

Santa Madre de Dios.

Me quede paralizada allí, pero después recordé que él me había acusado.

Traicionado en pocas palabras.

—¡Oh tu eres...!

—¿Sabe tu papá que estas aquí?

¿Qué no ve que estoy descalza?

—¡Eres un estúpido!, ¿cómo me hiciste eso?

—Tú no querías desistir. —Me respondió tranquilo y cerró la puerta detrás de mí. Demasiado cerca. Su cuerpo estuvo demasiado cerca del mío por esos segundos.

—Mi papá nunca tendrá confianza en mí ¡jamás!

—Yo confío en ti.

Hizo que su voz saliera grave, aunque su voz no fuera para nada grave. O gruesa. Creo que es lo mismo...

—Solo dime por favor, ¿qué es tan malo que no me puedes decir?, yo solo... —Alguien que por favor me diga porque Leo se está acercando a mí... demasiado... demasiado... ¡demasiado!—, Solo quiero saber y jamás te molestare...

Entonces sus labios chocaron con los míos. Y sin darme cuenta él me besó.

Leo.

Leonardo Torres me besó los labios.

Oh Dios, de alguna forma mis mejillas arden, ni siquiera puedo mantenerme de pie, mis rodillas fallan, y mi estómago; hay un huracán allí.

## CAPITULO 12

Pocas personas saben mi agenda. Quiero decir, solo tengo dos amigos, y estoy segura de que no cuentan mi vida a otros. Y después a nadie más le digo, —o sabe—, que los lunes Micaela y yo siempre vamos a correr a la pista.

La pista es un gran terreno verde con un camino en círculo de pavimento. Algo así como una gran rueda de hámster en el suelo, y aplastada.

Me explico mejor si digo una pista de practicar atletismo o ciclismo. Pero lo del hámster también. Como sea, damos tres o cuatro vueltas y después cruzamos al frente para comer empanadas y refrescos. Ah y Micaela va a ver a los chicos jugar en la cancha de tenis.

Por eso no me explico que hace Leo ahí. En la entrada de la pista con su pantalón de tela gris y su camisa blanca.

¿Cómo sabía que yo estaba aquí?

Si no podía respirar mientras trotaba con Micaela, ahora menos, y mis orejas están tan calientes que siento que van a explotar. Micaela nota mi cambio de ánimo y me mira.

—¿Qué pasa? —pregunta con la voz entrecortada. Trotar tanto nos fatiga a las dos, y más porque íbamos en nuestra segunda vuelta sin descanso y sin beber una gota de agua.

Como yo me quedo callada, ella mira al otro extremo y ve a Leo parado en

la puerta de alambrado metálico, con un pie cruzado encima de otro y los brazos cruzados. El sol le daba más o menos en la cara por lo que tenía sus ojos entornado hacia nosotras, y adivinen... estaba sonriendo.

Recordé que me había besado y también recordé mi teoría de los tres besos:

Primer beso: sería fatal.

Segundo beso: sería genial.

Tercer beso: sería el mejor y la despedida.

Y para mi sorpresa el primer beso con Leo no fue tan fatal... de hecho, si hubiese cerrado mis ojos lo hubiese disfrutado más, pero es que el shock era más fuerte, y él no me avisó. En conclusión: no fue justo.

Así que como persona responsable que soy y que mi papá dice que debo ser, trataré de conseguir el segundo beso, el cual será genial.

Y en esto he pensado toda la semana que ha transcurrido después de que Leo me haya besado. Pero había dos problemas, en realidad no son dos, son muchos más, pero esos son los principales.

Como sea:

1.-Estaba de castigo. Mi papá no permitiría que saliera ni a la bodega. Tampoco puedo cuidar de Lalie porque si no me vería tentada a “robar” y aún tenía que dar cuentas de eso.

Gracias Leo, corazón.

2.-Él tiene algo raro bajo la manga, y ahora, aunque me atrae, la mitad del tiempo me asusta, y pienso que me hará algo muy malo. Además, ¡estaba casado!

¡Dios, en serio estaba buscando la forma de volver a besar por segunda vez a un hombre casado!

Los problemas siguen estando allí, pero mis ganas hacen que se vean diminutos, y que no sean tan relevantes.

—¿Qué demonios hace tu vecino aquí? —Micaela me despierta del pequeño trance en el cual me quedé mientras miraba fijamente a Leo y pensaba todas esas cosas.

¿Mencioné que sus labios eran suaves?, ¿mencioné que su aliento a centímetros de mi boca es la mejor sensación del mundo?, ¿mencioné que me besó con lengua?, ¿mencioné que sonrió solo para mí?, ¿mencioné que me besó porque mis labios le parecieron lindos?

¡¿Mencioné que Leo está sacando lo peor de mí?

Oh Dios.

Oh Dios.

—¿¡Mara!?

—Mica... besé a Leo.

—¿¡Quéee!?

—Y no sé qué quiere, pero vengo ahora. —Me lancé a correr hacia donde él, pero Micaela me detuvo halándome del brazo.

—¿Te tengo que recordar que no sabes qué clase de cosa es él?

—Mica, basta, déjame ir con él. —Le abro los ojos y me zafo de su agarre —, míralo del lado positivo: Dago está ahí en las gradas, te puedes ir con él sino he llegado a tiempo.

—No Mara, ¡no voy a dejar que te vayas con tu vecino!

—Está bien, pero al menos deja que vaya a decirle que no. O a saludarlo, por favor.

Micaela negó.

—Tú me prometiste que olvidarías esto.

—Como cuando tú prometiste que no consumirías productos lácteos y te bebiste aquella malteada que te regalo Dago.

—¡Porque fue Dago!

—¡Y él es Leo!

Micaela respira ruidosamente.

—Quince minutos. Los voy a estar observando desde aquí. —Se cruzó de brazos, y yo me volteé.

Mientras me dirijo hacia Leo, le ordeno a mi cuerpo que deje de transpirar, y a mis rodillas que aguanten.

—Hola.

—Leo, ¡Hola! —digo demasiado rápido. Se nota que estoy nerviosa y sonrío para disimular.

—¿Qué le pasa a tu amiga de ojos grandes?

—No lo sé, supongo que no le caes bien. O algo así.

—Ah, ¿y por qué?

—¿El hecho de que le quemaste la laptop a Dago como por dos días, podías espiar su cuarto, o me metiste en problemas con mi padre? —Miré hacia la izquierda, y después negué con el rostro confundido—Uhm, ni idea...

Mi sarcasmo era tan fuerte que me auto felicite.

Leo sonrió.

—Ya veo. —Comenzó a arreglarse la muñeca de la camisa.

Me mordí el labio inconscientemente.

—¿Y qué haces aquí?... ¿y Natalie?

Merezco un premio, ese llamado: “Premio a la persona más idiota del mundo que pregunta cosas fuera de lugar”

Sí, porque se supone que no me agrada, ¿por qué pregunto por ella?

Leo dejó de sonreír, alzó las cejas, y bajó la cabeza a mi altura. —No sé.

—¿No sabes qué?, ¿Que a qué viniste...? —Wow, wow, wow., ¿Por qué se acerca tanto a mi cara—, ¿o dónde esta Natalie? —Con mi mano en su pecho lo alejé, devolviéndome a mí misma el espacio vital que necesito para respirar.

—Una de ellas. Mira Mara, quería llevarte a un lugar.

—¿Qué y por qué? Yo creí que tú no querías que me metiera en tus asuntos. Ah, y Leo, ¿Por qué me besaste?, ¿Por qué me ibas a besar ahora?

—Ya te había dicho, tus labios se mueven lindos al hablar.

«Leo, los tuyos se ven lindos desde que naciste.»

—Sí, pero está mal. Hasta yo lo sé.

—Honestamente esto no es tan malo. Besé a mi vecina porque sus labios se mueven lindos. Tú besaste a tu vecino porque te gusta.

—Yo-o no te besé.

Dago nos interrumpió. Y el muy inteligente se quedó mirando a Leo como si fuera un extraterrestre.

—Nos vemos Mara —Me dio la mano, pero en realidad dejó un papel en ella que luego vería yo. Después, tocó la cabeza de Dago y dijo:

—Y adiós rulos.

Pero no había dado ni dos pasos cuando se volteó, señaló el puente de su nariz y dijo:

—Ahora solo estaba mirando que sudas la nariz.

Ah claro... no me iba a besar, ya, ya. No era lo que yo pensaba de todas formas...

Entonces se marchó hasta su auto, y Dago y yo nos quedamos detrás de la puerta metálica observando cómo se iba.

Luego golpeé el hombro de Dago. Con fuerza. Ese idiota.

—¿Qué demonios...?

—¡Nos interrumpiste!

—¡Te salvé la vida!, —Me gritó en el rostro, en ese momento Micaela llegó hasta donde estábamos—, quería besarte, y según Micaela, obligó a que lo besaras.

—Y no me habías dicho nada de eso aun. —Micaela añadió llegando hacia



nosotros.

Me puse las manos en las caderas y los miré perpleja. —¿Y es que acaso a ustedes se les olvida que a mí me gusta Leo?, ¿así como mucho?, ¿y que también quería que me besara? ¿Y que hay muchas personas aquí alrededor de nosotros y que Leo no me haría nada malo aquí parado hablando conmigo?! — Había alzado mis manos señalando alrededor.

—¿Se te olvida a ti que es el mismo que te espía?

—¡Pero yo lo acosaba!, ¡mis semillas dieron fruto!, ¡al fin!

—¿Y que es casado? —Micaela esta vez fue la que habló.

—Estoy segura de que todo el mundo, incluso Leo, está cansado de que mencionen a la vieja verde esa de Natalie, —Me acerqué a ellos alzando las cejas, otra vez había sudor en mi nariz, y quizás por el sol—, un trato: No. La. Mencionen. Nunca., ¿Qué les parece?

—Esto está tan mal. —Micaela hizo una mueca y se puso a mirar a la pista, con las dos manos en las esquinas de los ojos.

Veo el papel, mientras ellos no ven:

«Trrs3789. Envíame una solicitud en Hablus. Necesito hablar contigo.»

Necesito estaba subrayado y escrito en rojo, y mi corazón empezó a latir muy fuerte.

## CAPITULO 13

Estoy sentada en el piso al lado de la cama, del lado izquierdo, de modo que si alguien entra a mi habitación no me verá hasta que dé la vuelta. Tengo la luz apagada excepto una lucecita de mesa a unos centímetros míos. Estoy sonriéndole a la pantalla, a Leo. Me está contando de su día, me está diciendo chistes, es la tercera noche que video chateamos por Hablus.

Aún sigo castigada y no puedo estar en un perímetro de cinco metros de la casa de mis vecinos. Ni verlo en otra parte, así que solo me conformo hablando con él.

¿Qué somos? vecinos. Y lo peor es que no me habla del beso, ni nada alrededor de eso. Solo hablamos como si fuéramos amigos, y eso me decepciona.

—Me gusto besarte, —Tocó su quijada—, ¿quizás quieras volverlo hacer?  
Me incliné hacia delante, escondiendo una sonrisa.

—No puedo salir de casa, por tu culpa, ¿te acuerdas?

—¿Pero mañana no vas al colegio?

Me enderecé.

—Sí —respondí desinteresada—, ¿y?

—No vayas, te voy a esperar en la esquina de la otra vez. Lleva ropa cómoda en tu mochila. —Después se movió, y sonrió.

—¿Quieres que falte al colegio?

—Quiero que faltes al colegio... para verme, para que yo te muestre algo.

—Oh, bien, eso suena genial, y nadie en la vida se dará cuenta, nope, ¿Cómo creerías?

—Tal vez solo quiero besarte de nuevo.

Sentí que mis orejas ardieron.



—Leonardo Torres Mariano, niño prodigio consigue apagar el sistema de una oficina pública después de que perdiera toda la tarde esperando una acta de nacimiento para inscribirse en la universidad.

—¿Estas segura que es el mismo Leonardo?

—Pues sí —responde Dago por el telefono.

—Sí. —responde también Micaela, había tomado el teléfono.

—Ponme a Dago, por favor.

—Okay.

La línea se queda en silencio por un tiempo, después Dago toma el teléfono. No sé qué tan rápido se movió de su lugar.

—¿Sí?

—¿Es cierto lo que dice Micaela?

—¿Sobre qué tu enamoramiento era un niño prodigio? de hecho, terminó la escuela a los trece y la universidad a los diecisiete.

—Si era tan famoso, ¿Por qué su fama se esfumó?

—¿Recuerdas a ese hombre que podía comer fuego en la noticias?

—¿Ajá?

—Eso mismo Mara, dejó de hacerlo y desapareció del mapa. Aquí dice que iba a estudiar tecnología, ingeniería mecatrónica y software, pero que al final se especializó en agente de ventas.

—Wow, que decepcionante.

—Lo es, según esta noticia, es mucho más inteligente que yo, ¿sabes lo grande que es eso? ¡Apagó los servidores de todo un edificio!

—Suena como algo grande —Abrí los ojos. La verdad es que yo no le veo lo grande.

—Esto está acorde con su perfil, es un buen hacker. Hackeó nuestras computadoras, creó Hablus, tal vez los periódicos no le cogieron el rastro pero sí que aprovechó su intelecto.

Me levanté de la cama, camino hasta al baño.

—Entonces no entiendo porque está perdiendo su vida con la vieja de Natalie, y viviendo como una persona normal en vez de seguir explotando su intelecto.

—Eso es lo que hace.

—Puf, ¿Cómo podrías saberlo?

—Creó Hablus y se lo envió a varias personas. Puede hacerlo para estafar, para phishing u otras cosas de esas.

—¿Cómo podemos averiguar a qué personas se lo envió?

—Buscar su dirección IP, ver su historial, robar su información del sistema para obtener su contraseña y después entrar a su correo. Paf, lo vemos.

Oí a Micaela protestar—: Idiota, ¡eso es ilegal!

—¿Y qué? —Se queja Dago.

—¿Nos vamos a meter en lo mismo que él?, ¡cuánta lógica!, ¡solo llamemos a la policía!

—Vengan a mi casa para hablar. —De repente estaba ansiosa, tenía pánico de que alguien estaba escuchando nuestra conversación. Y colgué el teléfono.



—Tú sabes que no me gusta que hables con Beatriz.

—Tú sabes que ella es mi amiga. —Contrarresté.

Dago se pone en medio de nosotras, se recuesta de nuestros hombros.

—¿Otra vez peleando?

—Mara me canceló para salir a correr bici con Beatriz. —Micaela me acusó con Dago.

—Dice que su tío está buenísimo, y Micaela, necesito a alguien para olvidarme de Leo. —Esas son mis defensas mientras me alzo de hombros.

Micaela bufó. —¿Es que tu solo quieres hombres mayores?

—No... —Pensé unos segundos—. Bueno, si los de mi edad no fueran tan estúpidos...

—Auch, disculpen, —Dago dejó de recostarse—, me voy de aquí antes de que mi ego pueda salir más herido.

—¿De qué hablas? Toca deportes, es hora de ir a la cancha. —Micaela lo mira.

—Corrección, —Alzó un dedo—, a ustedes les toca deporte, a mí me toca butaca con libros y cuestionarios que llenar.

—Lo que sea. —Seguí caminando al patio.

—Y Mara, ya conseguí lo que me faltaba, mañana voy a tu casa. —Anuncia Dago.

—¿Puede ser hoy? Mañana voy a salir con Beatriz y mi papá no estará en casa hoy. —Me detengo y espero.

—¿Ves? —Micaela chilló—. ¡Nos deja por otros!

Rodé los ojos y seguí caminando hacia al patio. Algunas veces hay que ignorarla.

Beatriz fue y es mi amiga desde que estábamos en maternal. La razón de por la cual no nos juntamos tan a menudo es porque Micaela nunca se ha llevado bien con ella y la ha eliminado parcialmente de mi vida.

Es difícil mantener una amistad así, pero hago lo mejor que puedo. Por eso, decidí que era tiempo de estar con ella, aún seguía enojada conmigo porque no compartí tiempo con ella en mi cumpleaños.



—Entré. —Dago está ansioso y mueve sus dedos en el aire antes de volver a teclear.

—¿A dónde? —pregunta Micaela.

—A ninguna parte. —Se quejó después—. Está muy protegido el estúpido.

—No le digas así, Dago. —Le reprocho. Me cruzo de brazos.

—¿Lo sigues teniendo en Hablus? —preguntó Micaela.

—Si... ¿por? —respondí luciendo sospechosa.

Alzo las cejas ofendida.

—No cumples tus promesas.

—Disculpa. —Le sonreí—. No es mi culpa que sea tan simpático.

—¿Marca su correo electrónico en Hablus? —Dago pregunta dejando de mirar a la pantalla.

—Es el mismo que su user más una arroba, punto y f-r-e-e. —Deletreé mientras el escribía.

—Okay. —Estaba sonriendo, me asusté por sus ocultas pretensiones.

—¿Qué vas a hacer? —Estaba claramente preocupada.

—Buscar qué tipo de cuentas tiene. —Miró a la pantalla entusiasmado.



Cuando yo corro bicicleta me siento en otro mundo, aunque esté pedaleando, siento que estoy volando sin esfuerzo, cierro mis ojos y suelto las manos del guía. Estos momentos solo duran pocos segundos porque después abro los ojos y trato de retomar el equilibrio, o si no me voy de bruces al suelo.

Pero ahora, no estoy en mis momentos de querer sentir el viento, estoy solo corriendo bicicleta porque es la única forma de salir de la casa después de que fuera descubierta mi mala maña de estar robando en casa ajena.

Doy varias vueltas a la manzana a un paso lento, con toda mi calma posible. Disfruto del aire limpio de la noche y del cielo nublado sin estrellas.

Cuando llego a mi calle, veo que Leo acaba de llegar, una estúpida idea me llega y la dejo fluir.

Choco con su auto y caigo al pavimento, no contaba con que mi mamá iba a ver todo. Sale gritando de la casa, pero claro, esto me lo estoy imaginando con lo que escucho, estoy tirada en el piso con los ojos cerrados quejándome porque... auch... fue una mala idea lanzarme a un auto, me duele el trasero.

Abro los ojos y veo a un ángel, o tal vez solo estoy viendo a Leo sonreírme agachado al lado de mí. Mi mamá llega a la escena rápidamente, me toca la mejilla y me levanta, sacude mis rodillas, Leo ve todo con las manos en los bolsillos y ocultando una hermosa sonrisa. El pensamiento de que sus labios besaron los míos me traen cosquillas y empiezo a sonreír.

—Mara, ¿estás bien? —Mi mamá pregunta.

Asiento, ocultando la risa.

—Basta de bicicletas.

—Lo siento Mara, por tener mi auto en el medio de la calle.

—Disculpe vecino, ¿le hizo alguna abolladura al carro? —preguntó mi mamá.

—No. —Fue a revisarlo—. No hay nada visible, Mara solo perdió el control.

Con eso, mi mamá me halo hacia dentro y me metió en la casa.



Beatriz está sacando su bicicleta y la que me va a prestar. Después de ponernos los cascos, las rodilleras y coderas que su mamá nos obligó a usar, trato de poder subirme a la bicicleta, —que es muy alta para mi gusto—, sin caerme. Logro subirme y empiezo a pedalear para no perder el equilibrio. Beatriz me alcanza.

—Esto es un barrio tranquilo —me dice.

—Ya veo —comento debajo de mi casco. Trato de dar la vuelta para seguir la cuadra pero Beatriz me detiene gritando un “¡Noo!” caigo al piso, agradezco estar tan acolchada.

—El estadio está cerca, y muchas personas van a correr bici, cuando digo personas me refiero a chicos lindos.

Esta es otra de las razones por la cual amo a Beatriz, le gusta ver chicos lindos, yo amo ver chicos lindos. Paramos en un lugar para quitarnos los cascos y las rodilleras y nos metimos en el estadio. Había muchas personas, tal vez eran lindos, pero no nadie era Leonardo Torres. Descubrí que tan seria era la cosa entonces.



—Deep web, o web profunda.

Nuble la cejas.

—¿De qué estás hablando?

—Hay un sitio donde puedo navegar sin restricciones y conseguir información de tu vecino.

—¿Cómo es eso? —Micaela preguntó, ella estaba acostada en mi cama.

—Solo busco, y ya, debe estar en algún lugar de aquí. —Se ve muy concentrado en su asunto. No le tomo mucha importancia hasta que me doy cuenta que no está usando su notebook sino un vejestorio.

—¿Me repites de nuevo porque estas usando este vejestorio?

—Por esto —dice señalando la pantalla, se ha vuelto negra y tiene un oso panda con una carita triste.

—He tenido que formatear esta cosa miles de veces y aun no consigo nada de ese psicópata, ¿Qué has investigado tú?

—Nada. Me la he pasado estudiando, olvidándome de su beso, y tratando de arreglar mis amistades. —Me alzo de hombros mientras veo a Micaela picarse la nariz.

Se da cuenta que hablaba de ella, deja su nariz tranquila y rueda los ojos.

—Si te quiero Mara, deja ya de berrinchar.

Sonrío.

—Gracias eh, que iba a llorar ya. Beatriz quiere hacer las paces contigo.

—¡Solo quiere metérsele por los ojos a Dago! —Hizo un ademán con las manos mientras se ponía de pie, se volvió a sentar.

—Oh mierda. —Dago parecía en otro mundo, o quizás solo nos estaba ignorando y estaba muy sumergido en lo que hacía.

—¿Qué? —pregunta Micaela.

—¿Huelen eso?

Micaela y yo olfateamos, pronto mis fosas nasales detectan cables quemados.

—¿Se quema tu vejestorio?

—¡Sí!

—Oh Dios, ¿Cómo? —Micaela parece estar preocupada, pero suena sarcástica.

—Un virus de la web profunda, a esa gente no le gusta que te metas ahí.

—¿Qué gente Dago? —pregunto—. ¿Leo está en eso?

—Yo no sé Mara, solo quería averiguar sus archivos ocultos como registros médicos o cuentas bancarias. Más nada.

—Voy a preguntarle.

—¡De ninguna manera Mara del Rosario vas a seguir hablando con ese... ese...! ¡Ese tipo!, ¿es que no te das cuentas que nos vamos a meter en líos?, dañaron su vejestorio. —Señaló la ahora quemada notebook de Dago.

—Auch, no me imaginaba eso de ti Mica... —Dago dice herido.

—Mi amor, sabes que era un vejestorio.

—Me costó treinta dólares en eBay, ¿sabes cuánto es eso en pesos?, ¡casi mil pesos! Y yo no trabajo. —Me miró—. ¿Podemos usar la tuya?

Lo quemé con la mirada.

—La mía costó diez veces más que tu vejestorio más cien dólares, así que no creo que quiera dañarla. Mi papá me mataría.

—¿Y tu papá, verdad? —Micaela pregunta.

—Ah, ustedes saben que cuando tiene reunión con gente importante no me lleva, toda esta semana ha sido así. —Me alzo de hombros, no es que me importara.

—Tú feliz —dice Micaela leyendo mi mente.

—No tanto, —dije apenada—, Leo está súper raro conmigo. —Cambio el tema y adopto una voz triste.

—Y que siga así —dijo Micaela—. Sino va ir preso porque no dejaré que haya nada entre ustedes...

—Estas siendo muy egoísta, Micaela —Salí del cuarto y cerré la puerta. Estaban en mi casa, pero yo me escondí en mi cuarto de redes. Sé que es mala educación dejar a tus amigos solos siendo tú el anfitrión, pero cuando ellos son unos completos idiotas hay que dejarles el lado.

Y repito, porque nadie parece entenderme, yo no quiero una relación, yo quiero tres besos, tengo uno, voy por dos más.



## CAPITULO 14

—Cuando era niño estaba este chico genial que reparaba los videojuegos una vez que se dañaban.

Él estaba sonriendo mientras veía las cosas viejas de un cofre que estaba encima de un estante de la casa. Yo de ninguna manera iba dejar de ir al colegio para escaparme con Leo, solo que..., decidí, en vez de ir a mi cita con el dentista, irme con Leo al medio de la nada, digo, no es el medio de la nada, es solo bastante lejos, y ya.

Es una casa de concreto en medio de un maizal que está cerca de la ciudad, el viaje dura un mínimo de quince minutos, aunque parezca increíble.

—Era muy popular Mara, los niños hablaban de él como si él fuera leyenda.

—¿Y?

—Quería ser como él. Pero yo no sabía nada. —Se alzó de hombros.

—¿Cómo le hiciste? —Me senté en una de las sillas del comedor de madera, no parecía tener ningún tipo de pintura.

—Me hice su amigo, antes de que preguntes, ¿Cómo hacerse amigo de alguien tan genial como Jeremy Herrera? Consiguiéndole material, todo el que quisiese, cables, circuitos, tarjetas electrónicas, todo lo que tenga que ver con tecnología y que la pueda ser útil. Y le caí en gracia.

—¿Él fue tu amigo por tus regalos?, wow.

—Concéntrate, espera, ¿me recuerdas por qué te estoy contando esto?

—Porque quieres besarme de nuevo y no lo harás hasta que me digas que escondes. —Torcí mi pie mientras lo decía y le sonreía.

Entrecerró los ojos.

—¿No porque solo querías saber?

—¿No me quieres besar? —Soné desesperada, me lamenté instantáneamente—. Digo, yo no quiero besarte.

—Está bien, igual te contaré... por donde iba... eh... —Tocó su hermosa barbilla, la cual me provocaba tocar con mis labios.

—¿El chico genial llamado Jeremy? —Le recordé demostrando que no tengo nada de paciencia.

—¡Me enseñó todo lo que sabía! Sobre cómo está codificado un videojuego, como puedo cambiarle la configuración, como puedo saltar a un nivel que ninguno de mis amigos había llegado y todo eso, pero lamentablemente, el internet no existía o mejor dicho, no estaba el acceso disponible para nosotros, y todo lo que aprendí de él era inservible.

—No entiendo, ¿te enseñó sobre el internet sin haberse inventado?

—El internet se hizo público desde la década de los ochenta a finales de los noventa. Para el 2000 ya lo conocían bien. Jeremy era súper inteligente. Y yo también lo soy.

Eso la sabía, él era súper dotado, algo así como tener súper poderes.

—Después el acceso al internet estaba solo previsto para gente que podía costearlo, eso no significa que era imposible saber cómo funcionaba. En mi casa solo había una computadora en la sala para uso exclusivo de mi papá porque estudió tecnología. Comencé a poner en práctica todo lo que me dijo Jeremy y lo que me enseñaba mi papá, hallé las debilidades de que me hablaba, hallé filtros, cree un virus pequeño, burle un antivirus y aprendí como suplantar todo. Como romper las reglas. Era divertido.

—Si, en el periódico dijeron que tú echaste abajo todo un sistema de una oficina pública.

Hizo un gesto de burla.

—Eso fue tan fácil que aún me causa gracia, los sistemas de protección de este país son débiles, imagínate en ese tiempo.

—¿O sea que puedes entrar a la red del gobierno y tirarla abajo?

—¿Y causarle miles de millones de pesos en pérdida monetaria para que la vuelvan a sostener arriba y causar todo ese alboroto? Sí. Pero yo no vería ninguna ganancia. No haría nada sin ganancia.

—Eso es tan genial —asentí con entusiasmo al escucharlo.

—Sí, y cuando eres tan genial todo tipo de gente busca de tus servicios. —  
Se alzó de hombros y se paseó al otro extremo.

—¿Una persona te buscó a ti?

—Varios.

Comencé a hacer cuentas. Me acerqué a él.

—Falta algo.

—Lo sé, ¿el beso no?

Sentí jirafas en mi estómago.

—Sí, digo, no, es que, oye, sales en las noches, en las madrugadas, ¿para qué?

—Hacer cosas. —Toma mi quijada y la alza hacia él.

Me estoy quemando, pero estoy tratando de dejarme llevar. Quizás ahora deje que sea un beso francés, después de todo, es mi segundo beso con él, debe ser estupendo.

Cuando sus labios hacen contacto con los míos, son tan cálidos que me derrito, y de pronto no sé qué hacer y me quedo quieta mientras los presiona en mi boca. Quizás debería... uhm... dejar que me bese de verdad. Me dejo llevar y mi cuerpo se pega más al de él, su otra mano está en mi espalda baja y mis manos agarran sus hombros para no estar muy cerca. Siento su lengua, y estoy tratando de acostumbrarme a esto.

Segundos después lo logro, es un beso tierno y suave y me gusta. Cuando me suelta, siento que mi cara arde en llamas y tengo una sonrisa que nada ni nadie podrá quitar. Él también esconde una. Creo que me voy a desmayar.



—Entonces, ¿no me dirás a qué sales en las madrugadas?

—Por ahora no, —dijo mirando la calle mientras subía un poco el radio—,  
¿Por qué te importa tanto?

—Lo siento. —digo—. Espera, ¿para qué creaste Hablus?

—Necesitaba un pretexto para conseguir información de una persona.

—No entiendo esto.

—Imagínalo así, una persona toma dinero prestado a otra persona, esa persona se hace exitoso con el dinero prestado. Ahora, no quiere pagar lo que debe, y la persona quien dio el préstamo no puede hacer nada, porque, ¿Cómo va a ir a decirle a la policía, hey, me hicieron fraude, cuando el dinero en

cuestión, fue obtenido por fraude?

Vaya trabalenguas. Estoy tratando de procesarlo todo, solo me aflora una pregunta.

—¿Qué papel juegas tú?

—Robar su número de cuenta del banco en suiza donde tiene guardado todo su dinero, y devolverle al dueño lo que es suyo.

—¿Te buscaron para que robes dinero?

—Yo no voy a robar nada. Solo les voy a facilitar información, pero Mara, tienen un buen escudo a prueba de todo, la persona que protege su seguridad bancaria sabe todo mis trucos. Hablus solo es un caballo de troya.

—¡Es Jeremy!

Leo volteó a mirarme con una sonrisa.

—Eres muy inteligente. ¿Serás superdotada? —Preguntó divertido.

—¿Entonces no eres un asesino en serie ni nada?, porque ya estaba empezando a asustarme y pensaba que en cualquier momento me matarías o no sé.

Se vio confundido. Es que siempre estoy diciendo cosas de más. El silencio llena el auto, estamos llegando ya al consultorio del dentista.

—¿Por qué se lo enviaste a mi papá?

—¿Tu papá? —respondió a mi pregunta con otra pregunta y rostro sorprendido.

—Sí, mi papá, yo encontré Hablus en el correo basura de mi papá.

—Uh. —Pareció recordar algo—. Llegamos.

—¿Me estás cambiando el tema? —Estoy indignada ahora.

—Te he dicho de más, Mara. —Me mira con su cabeza ladeada. Luce un poco impaciente.

Me bajé del auto.

—Bien, pero no dejes las cosas incompletas, saber más no me va a matar.

—Mara, esta gente no deja cabos sueltos. Nunca lo hacen. Así que por favor, dejen de buscar información de mí y dile a tu amigo que no se meta en ese lugar. La próxima vez Jeremy no solo le explotara su vejistorio.

—¿Cómo sabes?

—Entró a un lugar donde su laptop estuvo objeto de las vulnerabilidades, una carnada fácil, mi gente tenía audio y video de lo que estaba pasando.

—Acosar es malo —digo. Estoy enojada, pero no tanto. Acaba de decir que nos estaba espiando, ¡de nuevo!

—Dímelo a mí. —Con eso arrancó el auto y desapareció. Yo di la vuelta y

vi el edificio de la dentista. Esperé unos segundos y después caminé a la casa de Micaela.

Cuando llegué a su casa le pedí disculpas, y después, le conté todo lo que ocurrió.



—La mamá de Micaela llamó esta tarde preocupada porque su hija fue llevada a su casa por la policía.

—¿Qué? —Me sorprendí. ¿En que se había metido Micaela?

—Micaela fue a la policía a denunciar que había un hombre que acosaba a su mejor amiga, que guardaba foto de ellas en un cuarto secreto de su casa y que, es un hacker súper dotado desaparecido que se mezcla con gente mala, gente doblemente mala, y gente triplemente mala.

Alcé las cejas y desvié la vista.

—¿Tienes algo que decir? —Me preguntó.

—No tengo idea de que hablaba Micaela...

—Extraño, porque, esa mejor amiga eres tú, y el tipo que te acosa es el vecino, Mara, ¿es esto cierto?

—¡No!, ¡está loca! —dije—. No sé de donde lo ha sacado.

Mi papá entrecerró los ojos.

—La madre de Micaela estaba muy preocupada, y Micaela había dicho que estaba convencida.

—Pero papi, debes creerme, yo no sé nada. —Cara de cachorrito activa. Si al menos le queda un poco de credibilidad en mí, debe usarla ahora.

—Una noche atrapé el vecino aquí mientras ninguno estábamos y tú estabas sola. Siempre me ha parecido sospechoso, creo que deberías tener los ojos bien abiertos en lo que yo busco pruebas concretas para demandarlo o una orden judicial para requisar su casa.

—Sí, sí. —Asentí con los ojos bien abiertos—. Voy a mantener un ojo bien abierto en él. Por si las moscas.

—Gracias Mara, puedes irte. —Cuando termina de hablar, me levanto.

Micaela es tan estúpida como un perro chihuahua, y no, decir que es tan estúpida como un perro chihuahua es insultar a los chihuahuas, pero es que, ¡cómo se atreve a delatar a Leo!

Me encierro en mi cuarto de redes, le envié un mensaje a Leo.

«Lo siento, lo siento, lo siento, pero alguien te delató con la policía»

No respuesta, y estaba desconectado. Lo que quiero ahora es que recoja todos sus motetes y se vaya del vecindario aunque me doliera en el alma, más me iba a doler si caía preso.

Al otro día, en el colegio, Micaela lucía como un fantasma, estaba pálida y con ojeras, Dago me evitó.

Ahora estoy en la salida, muy enojada porque mis amigos me ignoraron. Micaela principalmente, porque la que debería estar enojada soy yo, ella fue quien me delató. Recojo mi mochila, parece que mi papá no me vendrá a buscar. Y camino sola a casa.

## CAPITULO 15

—¡Hasta cuando la Ley del hielo! —Grité exasperada en el pasillo de la escuela a Micaela.

Esta vez se han pasado. Nunca una ley del hielo había sido tan prolongada, ahora, ella no solo pretendía no hablarme sino que me ignoraba completamente. No miraba en mi dirección y cambió de asientos con Maira.

¿Se imaginan lo difícil que es sentarse con Maira? Ella es rara y siempre huele a pasta dental.

No es que ahora Dago se escape también de esto. Él no me habla, me mira nervioso, pero no me habla.

Gritó mientras me doy vuelta y dejo que Micaela se vaya, Dago estaba a unos metros de mí mirando todo. Entrecerré los ojos, él se mandó a correr.

Corrí tras de él hasta el final del pasillo, baja las escaleras en bola de

humo y yo también las bajé así. Al bajar, lo veo abrir la rejilla para escaparse del edificio y me lanzo encima de él, caemos al piso en una posición comprometedoras.

Estoy arriba, agarro sus hombros, y furiosa le pregunto:

—¿Qué mierda está pasando?

Sus ojos me miran con espanto, mira a los lados tratando de buscar ayuda y solo escucha como un idiota hace un comentario de lo que está pasando. Miro al idiota, lanzándole una mirada que quema globos oculares y el tipo se marcha.

Vuelvo a repetir:

—¿Qué mierda está pasando?

Dago traga en seco. —Micaela solo está asustada.

—¿Por eso no me habla?

—Tu vecinito nos amenazó a ambos, disculpa, pero no queremos morir.

Lo golpeo en el hombro.

—¡Ustedes no van a morir!

—No quiero averiguar eso Mara —Me mira serio.

Me levanto de encima de él.

—Leo no es un asesino.

Dago se sienta a mi lado en el piso.

—El tipo tiene salidas nocturnas, acosa a niñas de dieciséis, está robando dinero para gente el doble o triple de mala, Mara... despierta, lo último que le falta es que sea un asesino. Yo honestamente no quiero averiguar esta mierda, ¡quemó mi computadora! —Me miró enojado—. Dime, ¿para que querría yo saber que esconde?, lo descubro, ¿y después qué?, ¿me van a matar y vender mis órganos en el mercado negro? Él es más inteligente que nosotros.

—¿Entonces estoy sola en el proyecto SEEV?

—Estás sola.

Se levanta y se sacude el pantalón. Lo veo marcharse.

Son unos hijos... De... Oh Dios. Estoy tan enojada.

Camino a mi salón de clases otra vez. Estoy sola en esto, mis amigos son los cobardes más grandes del mundo.

Abro mi cuaderno.

«He logrado dos de cuatro de mis objetivos:

1.- Besar a Leo.

2.- Besar otra vez a Leo.»

Los tacho los dos.

«3.-Saber porque sale a altas horas de la noche.

4.-Besar a Leo por tercera vez.»

Dejo de escribir y veo a la profesora escribir en la pizarra la palabra “dictado”. Cuando busco mi otro cuaderno en mi mochila veo a Micaela mirarme mientras habla con Dago. Aparta la mirada y mira a su cuaderno.

Es tan infantil.



Natalie está en mi casa, y está encerrada con mi papá en su oficina. Y maldición, no tengo la menor idea de que están hablando. Puede ser de mí, o de Leo... pego de nuevo mi oreja en la puerta. No escuchó nada sino unos quejidos.

No de esos, ugh, quejidos de como si estuviera llorando.

¿Pero porque lloraría Natalie en la oficina de mi papá?

—Eso está mal, Mara —La voz de mi mamá viene del umbral de la puerta de la sala. Me despego de la puerta de la oficina de mi papá y me levanto.

—Está llorando —susurro yo.

—Si lo está haciendo no es tu asunto.

—¿Pero, por qué llora?

—No lo sé. —Mamá se alza de hombros—. ¿Estás bien Mara?

—Sí, lo estoy.

Ella me guía a la sala, después vamos al comedor y se sienta conmigo. Me mira con esa mirada compresiva, yo sin embargo no tengo idea de que es lo que está comprendiendo. Agarra mi mano y sonrío.

—¿Está todo realmente bien?

—Sí.

—Sé que estás grande y que te empiezan a gustar los chicos...

Oh Dios, ¿hasta dónde está yendo esto?

—¿Y?

—Te puedes enamorar de cualquier chico, y si esos chicos se dan cuenta que estás enamorado de ellos trataran de aprovecharte de ti.

—No, no lo harán.

—Quiero que tengas cuidado Mara. —Me miró seria.

Mi garganta se secó. Pero no le respondí nada.

—¿Hay algo que quieras decirme?, ¿te sientes amenazada por algo o alguien? —preguntó cuidadosamente.



—No mami —respondí.

—¿Estás segura? —Tocó mi brazo. Sus ojos miel me miraron con dulzura.  
¡Que valga la redundancia!

—No mami, te dije que no. —Me levanté—. Adiós.

Arreglé la silla para colocarla en la mesa.

—¡Espera, Mara! —Le voceó a mi espalda.

Me detuve y la miré.

—Estoy aquí para ti, y puedo ayudarte con tus problemas de estar creciendo. Puedo ayudarte, pero solo si me dejas.

—¡Hablas como si tuvieras problemas!

—Has tenido antes, no quiero que vuelva a pasar...

Está hablando cuando el nutricionista de la familia dijo que yo era anoréxica para explicar mi notable pérdida de peso. Pero era mentira, ¡mentira!, ninguno de mis padres quería entender eso.

Hice una mueca.

—No mami, no tengo problemas, no me siento amenazada, no tengo problemas hormonales, ni estoy embarazada, ni asustada, ni traumada, ¡estoy bien! —dije bien alto. Subí las escaleras hasta mi cuarto de redes y me tumbé en el gran sofá rosado.

La casa se quedó en silencio por mucho tiempo, y me quedé pensando en que mamá estaba actuando extraño, tal vez ella empezaba a sospechar de Leo, o sospechar de mí. Olía a gato encerrado, y no lo voy a negar, estaba un poco preocupada con que ellos confirman sospechas.

Sonidos suaves sonaron desde la puerta. Me levante del sofá y la abrí.

Mi papá estaba del otro lado de la puerta, entro sin yo darle el permiso.

—No me gusta que le hables mal a tu madre...

—Es que ella quiere sacar cosas donde no las hay.

—Tú y yo sabemos cómo ella es, pero es tu mamá.

—Lo siento.

Se sentó en mi sofá. Yo me senté junto a él y él me abrazó. Basta. Están actuando demasiado raro.



«Tu esposa estaba hablando con mi papá, ¿pasa algo? »

«No... » Escribió.

«Quiero saber qué está pasando. » escribo molesta.

«Tus padres se están divorciando. »

Yo leo eso de nuevo. Creo que me está echando una broma.

«Quiero saber qué le hiciste a Micaela.» escribo ahora. Decido ignorar su acusación. Mis padres nunca se divorciarían.

«¿Yo? nada. » escribió rápido.

«Quiero hablar contigo, ¿Dónde diablos estás metido? »

«Seguir en mi casa ya no es seguro, seguir con Natalie tampoco. Me voy a ir. »

Mi corazón empezó a latir fuerte. Yo no quería que él se fuera. Dios no.

«¿Qué está pasando? »

Ahora estaba fuera de línea. Y estuvo fuera de mi vista por varios días más.

La noche del viernes estaba en mi cuarto de redes surfeando la red porque mis amigos seguían con la ley del hielo. Bajé las escaleras hasta la oficina de papá y me senté en el mueblecillo. Ellos estaban adentro hablando y yo no podía escuchar nada.

Estaba frustrada.

Me levanté y salí de la casa para ir del lado de la ventana. Para mi suerte, estaba abierta, porque mi papá tenía el aire acondicionado apagado y hace tremendo calor en mayo. Me pongo de puntillas y trató de escuchar.

Están hablando sobre mí. Dicen... que están preocupados por mí. ¿Se habrán dado cuenta de que me gusta Leo? No podía ser. Y si era así, era la cosa más rara del mundo.

Yo creía que cuando mi padre se diera cuenta me iba a matar y mi mamá también. Pero por lo que estoy escuchando, no están enojado conmigo. Es como si me tuvieran pena. Bajo a mis talones de vuelta. Miro a los lados, atrás está el pequeño e inexistente patio, y en mi otro extremo está la salida al frente de la casa.

La ventana por la cual estoy acechando queda en el lado lateral de la casa, es por eso que estoy metida entre la verja de la casa de al lado y la pared de la casa, en el lado de su oficina.

Vuelvo a ponerme de puntillas y a pegar mi oreja derecha del hueco de la ventana. Ellos no pueden verme porque las cortinas están abiertas y le están dando la espalda a la ventana.

—Está decisión la va a afectar.

—Ella es fuerte. —La voz de mi papá respondió.

—Es nuestra culpa que haya pasado esto.

—Lo sé. Nunca he dicho que fuera la culpa de ella.

Las puntas de mis pies se cansan de sostener mi peso. ¿Qué decisión?, ¿nos vamos a mudar por que descubrieron que estoy enamorada de Leo? Tiemblo cuando escucho que la ventana se cierra. Quizás no me hayan visto.

Me quedo quieta un instante y después volteó a ver la ventana de cristal ahora cerrada. Las ventanas eran anti-sonoras. Y ahora no podía escuchar. Entre a la casa rápidamente y volví a la puerta de la oficina. Pegué mi oreja.

Ya no se escuchaba nada. Estaban susurrando. Quizás si se habían dado cuenta que yo estaba escuchando.

## CAPITULO 16

La noche cae y ya estoy en ropa de dormir en mi habitación de redes. Digo “ropa” porque las batas que utilizo son blusas muy viejas que se desgastan y uso para dormir porque son cómodas, y como estamos casi entrando a verano, el calor empieza.

Navego en el internet hasta que mis ojos arden. El sueño empieza a pesar en mis ojos y apago la laptop. Me levanto y camino hacia la cocina. Luego el baño, y por último, paso por el ático.

Papá está durmiendo y sospecho que mamá también, así que entro con confianza al ático y busco mis binoculares.

Todo se ve tan silencioso en la casa de los vecinos de al frente, las luces están apagadas, y parece que todos duermen. En fin, son las once de la noche y debería acostarme para no estar cansada mañana. Le ruego a Dios que mañana pueda ver a Leo en todo el día.



Estoy en mi habitación cuando oigo la puerta de la casa sonar ruidosamente. Me levanto y bajo las escaleras, Natalie está gritando a mi mamá. No me notan y no entiendo lo que dicen. Mami le cierra la puerta y entonces se voltea.

Me ve, niega con la cabeza.

—Se lo voy a decir a tu papá.

—¿Qué pasó?

—¡La vecina estaba diciendo que mi hija de dieciséis años se quiere robar a su esposo de treinta años!

Me puse fría.

—Mami, no es cierto.

—Dice que lo vio hablar contigo por videochat. No puedo creer esto.

Se veía traicionada y molesta, pero ella era muy pacífica conmigo como para empezar a gritarme o golpearme como de seguro hubiese querido Natalie.

Subo las escaleras y mi mamá me detiene gritando mi nombre.

Okay con lo de gritar, es muy pacífica como para golpearme pero no lo suficiente para gritarme.

—¿A dónde vas?

—A mi cuarto de redes.

—No. —Me miró como si fuera bruta—. No internet, no computadora, tu celular lo quiero aquí en la mesa y quiero que entres a tu habitación y no salgas hasta la hora de la cena. No vas a salir de esta casa Mara, estas castigada. ¡Tampoco puedes llamar a Dago o a Micaela!

No dije nada. Solo subí las escaleras y me tiré en la cama.

Cuando mi papá llega, mi mamá le cuenta todo y los dos vienen a mi cuarto a interrogarme. Me hicieron tantas preguntas que las lágrimas se me escaparon de los ojos. Papá no estaba enojado conmigo, sino con Leo, decía que sospechaba de él desde mucho antes de que Micaela haya dicho que él me acosaba, dice que va a llevar mi computadora a la policía y que tratara de meterlo tras las rejas.

Mamá preguntó si Leo me había sugerido hacer cosas malas, que si había intentado tener eso conmigo.

Estaba tan incómoda cuando me lo preguntaron. Sí, padres, soy virgen. No padres, Leo no me ha acosado indebidamente.

Mi papá salió de la habitación y mi mamá le siguió. Estaba castigada hasta que mi papá encontrara una forma de sacar a Leo del vecindario. Eso había dicho. También dijo que no era mi culpa y que yo solo era una víctima.

Con eso, duré los siguientes meses de abril y mayo encerrada en la casa con solo autorización para ir al colegio. A finales de mayo mi castigo y confinamiento estaba menos controlado. Me permitían un celular y me permitían ir a casa de Micaela en las tardes. Sin mi computadora, y sin ningún tipo de comunicación estaba frita y Micaela me permitía usar su computadora, solo a veces.

Micaela estaba asustada de hablar conmigo. Estaba tan asustada que no me dijo la razón de por la cual dejó de hablarme y abandonó el proyecto SEEV. Incluso Dago mantuvo silencio. Los dos tenían esta secreta alianza en que no me dirían cual fue la amenaza.

Como yo estaba sola, en todos los ámbitos, decidí perdonarlos, aunque era yo quien se sentía traicionada. Era demasiado obvio que era a mí que había que pedirme perdón.

Olvidando todo eso, de nuevo, nuestra amistad está mucho mejor, bueno, un poco mejor, está en proceso de sanación. Ella me ayuda con los rumores que corren en la escuela sobre que soy una roba-maridos.

De alguna forma se enteraron en la escuela, y no sé cómo, ni quién, lo único que sí sé es que es incómodo, y muy molesto. No, todos ustedes, no hice nada con un hombre casado, no, todos ustedes, no destruí un matrimonio.

La teoría más graciosa era la que decía que estaba embarazada, Beatriz, un poco nerviosa, me preguntó si había abortado al bebé del hombre casado.

—¿En serio?

—Bueno, es lo que todos andan diciendo, Hilary fue quien me dijo. Te quiero preguntar porque, bueno, salir de dudas.

Yo toqué mi barriga. Ahora estaba vacía porque no tuve tiempo de desayunarme.

—Oye Bea, no estoy o estuve embarazada, si acaso vieron una “barriguita” lo que vieron fue, ¿sabes qué?, ¡gordura! Tengo derecho a tener grasa de bebé en mi panza cuando como de más. ¡Hasta tú tienes! —Pellizqué su barriga.

Hablamos, pero lo demás que hablamos resultó extraño y había grandes

silencio. Al otro día no me saludó.

Supongo que me lo tenía merecido. Pero no, ¡claro que no! No es mi culpa.

Esperé en la dirección que mi papá me fuera buscar, la directora pidió hablar con mi papá y en el camino a casa papá me preguntó que por qué no le había dicho a él los rumores que había de mí en la escuela.

No le respondí.

Pero quizás, si mi papá no hubiese contado la historia de que a su hija la acosaba su vecino no hubiese llegado a los oídos de otros padres que podrían contárselo a sus hijos, o mejor aún, crear una mentira muy distinta a la historia real.

Van a sacarme del colegio, muy probablemente el mes que viene si las cosas continúan así. Por primera vez, no me opondría.

Recuerdo que cuando llevaron mi laptop y mi computadora de mesa a la policía no encontraron nada inusual. Tampoco Hablus estaba en mi computadora, de alguna forma, él lo borró.

Y él, ¿sería muy increíble si digo que no lo veo desde abril? Escuché que ellos se estaban divorciando pero no lo creo. Natalie le dijo a mi mamá que se mudaría, eso después que haya pedido disculpas por llamarme “pequeña zorra roba esposos”

La última vez que lo vi llevaba a Natanael en brazos y se dirigía a su auto. Segundos después mi papá arrancó primero que ellos.

Es escalofriante porque tengo tantas cosas que saber de él, y en cualquier momento pueden irse del vecindario y jamás lo veré, no tendré mi tercer beso (¿por qué sigo pensando en eso?), ni sabré su secreto completamente.

## CAPITULO 17

Después de volver de la casa de Micaela, un jeep gris se detiene en frente de mí. Leo baja el vidrio, me sonríe. Yo, como Mara, me sentí muy feliz, al mismo tiempo abrí bien los ojos. Leo tenía semanas desaparecido y de pronto se cruza en mi camino de nuevo.

—Tú papá interpuso más de seis demandas contra mí. —se quejó con la cara despreocupada.

—Lo siento, tu esposa me llamó zorra. —Apreté fuerte el tirante de mi mochila, tratando de que no se me note lo nerviosa que él me ponía.

Se rio por lo bajo, mirando a la calle, y después me miró de arriba abajo.

Me molesté demasiado.

—Tú arruinaste mi vida, idiota. ¡Eres casado!, ¿por qué me hiciste caso?  
—Le susurré acercándome a la ventana del jeep.

Frunció el ceño.

—¿Bromeas cierto? Tú te metiste en mis ojos. Además hablas como si pasaron cosas serias y no pasó mucho además de dos besos.

Me alejé del jeep.

—Acércate, tenemos que hablar.

—No tengo deseos de hablar contigo Leonardo. Vuelve de donde saliste. Y yo continuaré mi vida así.

Sonrió de nuevo divertido, se acomodó en el asiento del conductor y puso la mano en la puerta del jeep.

—¿Qué?, ¿estás así por el divorcio de tus padres? tranquila, lo vas a superar.

—¡Mis padres no se están divorciando! —Rodé los ojos y saqué mi dedo medio. Seguí caminando a casa. Su jeep corrió despacio paralelo a mí, hasta que llegué muy cerca al residencial donde vivía y dio una vuelta en U.



Beatriz me acababa de abrazar para despedirse, y justo cuando se subió en el bus, Leo me tocó el brazo. Me asusté y puse la mano en el corazón.

—Dios mío.

—Hola Mara.

—¿Qué haces aquí?



—Vengo a llevarte. Sé que tal vez estas enojada conmigo por todo lo que pasó. Y sé que te he causado muchos problemas, pero creo que te haría feliz si te digo lo que quieres saber. Será un regalo.

—Dímelo. Dime lo que escondes. —susurro, esperando el secreto.

—Solo tienes que confiar en mí, y subirte al carro rojo.

—¿Un carro rojo?! Hace una semana tenías un jeep gris. Cambias de vehículo demasiado. Si me pierdo, ¿Cómo me van a encontrar?

Leo sonrió.

—Mara, en serio, ¿tú no confías en mí?

—La verdad, ¡no!

Agarró mi mano y la mantuvo atrapada suavemente en sus dos manos calientes.

—Yo que pensaba que realmente querías saber.

¿Qué si quería saber? Moría por saber. Es como esa curiosidad que te nubla la razón y no te hace actuar bien. Me quedé mirando sus manos y después, lo miré a los ojos.

—Está bien.

Y nos fuimos, o sea, él condujo como hora y media hasta el parque industrial. Miles de fábricas de producción a grande escala. De todas las plantas, ya solo una operaba, de creación de plásticos. Las otras simplemente estaban abandonadas.

El personal de la fábrica funcionante era solo de dos guachimán, veinte operarias y un gerente que nunca estaba. Ese parque industrial había fallado, y solo quedaba miles y miles de metros de solares con máquinas viejas y solares baldíos. Nos parqueamos en el parqueo de los empleados y entonces empezamos a caminar.

Yo estaba en silencio, y él también, como si estuviera tratando de analizar qué era lo que estaba a punto de hacer. Yo, en mi lugar, estaba eufórica, porque, o sea, Leo Torres es mi crush, mi amor platónico, mi chico inalcanzable, no puede ser, que me haya besado dos veces, y que ahora esté sola con él en un parque industrial fallido para descubrir su secreto. Era de locos.

Además, estábamos solos.

Bueno, además de los doce que estaban en la otra fábrica, estábamos solos y separados de la civilización que buscaba destruir mi sueño de tener a Leo Torres.

En realidad, mi sueño de tener mi tercer beso. Se supone que cuando lo

tenga, mágicamente Leo Torres me dejará de gustar.

¿Verdad?

—Por aquí —me dice. Pone su mano en mi cintura para guiarme. Antes de que pueda si quiera mirarlo, se aleja de mí—. Solo deja que prenda esto.

Enciende una luz. El lugar se alumbra. Parece la entrada a una cueva de metal secreta. Pero después, si lo miro otra vez, solo es la entrada a un garaje. Introduce su llave en el cerrojo y la abre.

Entra primero, yo entro después.

Una especie de pasillo con dos puertas muy cerca una de la otra. Busca en su llavero la segunda llave que abre la puerta.

Después del pasillo, hay más de siete columnas y cinco filas de computadoras. Sentadas al frente de ellas hay personas. Son hombres la gran mayoría, están escribiendo cosas y viendo códigos raros.

Me froto los brazos. Hace frío.

—Wow. ¿Esto es lo que escondes? —digo. Miro alrededor una vez más y después lo miro a la cara—, ¿das clase de tutoría a gente muy rara?

—No es solo eso Mara. Pero claro que no vas a entender.

Empezó a caminar al fondo. Yo lo empecé a seguir.

—Bueno, si me explicas, yo podría entender.

—Jonny, —Alzo los brazos saludando, el chico asintió con el mentón—, tú, Mara, no entenderías. —Adopto un tono de voz más bajo.

Era hasta tierno.

—¿Entonces para que me trajiste aquí? —pregunté, me detuve al final, donde solo había una puerta.

—No lo sé, ¿no que tu querías saber a dónde iba en la noche?

—Ah —, asentí volviendo a mirar a todos. Aun me estaba frotando los brazos. Había un potente aire acondicionado—, eso. Entonces, ¿gracias?

—Gracias —repitió, abrió la puerta—. Supongo que ya no me molestarás más sobre esto. —Volvió a cerrarla. Cruzó su brazo por mis hombros, recostándose de mí y bajando a mi altura—, esto es todo.

—¿Qué hacen todos estos cerebritos aquí de todos modos? De hecho, yo pensé que eras un asesino serial —reí nerviosa—, es gracioso ahora, porque si te miro a ti ahora eres muy tierno, y si miro ahora a estas personas raras no las creo capaces de matar a alguien.

—Pueden asesinar tu computadora en menos de un minuto —comentó totalmente serio el chico llamado Jonny.

—Oh sí, claro, eso. —Alce el dedo meñique.

—¿Asesino serial, en serio? —preguntó volteando, y su aliento chocando con mi mejilla. Me alejé un poco. Es malo tentar así a una adolescente con hormonas alborotadas.

Volvimos a salir y a encerrar a los raros en su ambiente de computadoras. Al fin el frío se disipó.

—¿Qué hacen ellos de todos modos? No dijeron nada, les dije raros más de cuatro veces y aun así, no levantaron la cabeza.

—Eso es lo que no puedo decirte.

Caminos en silencio de nuevo al estacionamiento. Llegamos y nos volvimos a subir al auto rojo. Dentro, no hablamos, hasta que el encendió el auto y yo apagué el acondicionador de una vez.

—No aprendes ¿verdad?, yo quiero saberlo todo.

—No puedes saberlo todo. —Empezó a conducir—. Saber cosas viene con un peso, si no puedes con ese peso, mueres.

Mi corazón se puso frío.

—Claro que puedo cargar con cualquier cosa.

—Marita del Rosario, no le digas a nadie lo que viste, el parque sigue abandonado. Es un secreto. Nuestro secreto.

Oh... ¡estoy compartiendo un secreto con Leo! Pero, ¿es eso bueno?, quizás sea malo. De todas formas, ¿Qué pueden hacer esos raritos que sea tan malo?

—Piratas informáticos. ¿Tienes idea de cuando es la pena mínima?

Leyó mi mente. Esperé.

—No puedo decirte más —dijo, golpeó el guía del auto—, pero entonces te quedas mirando al vacío pensando cosas y haciendo muecas, y tengo que hablar, porque tu no hablas.

—Me enamoré de un pirata... vaya.

—¿Qué? —preguntó. Sonreía de lado.

Otra vez se me escapó de los labios.

—¿Pero le hacen daño a alguien?

Se quedó callado.

—Ay Dios, ¡Si le hacen daño a alguien!

—Pero bueno, no les quitamos la vida.

—¿Pero si algo más?, ¿la lengua?, ¿me quitaran la lengua si hablo?

—Respira, Mara.

—No puedo. —Me quejé sorprendida. Encendí mi celular—. Tengo treinta y siete llamadas perdidas de papá y otras cuarenta de mamá.

—Bien, se preocupan por ti.

Mi corazón empezó a latir rápido.

—Y eh, uhm... Leo, según estos mensajes, tú me secuestraste. Dice «que me quede tranquila, que no me harás daño»

—¿Yo? —preguntó.

—Sí.

—Dile que vas para tu casa, ahora.

—Wow, wow, wow, ¿A dónde te diriges, en serio vas a la casa?

—Sí, voy a llevarte a tu casa. Y me entregaré a la policía.

—¡Pero no puedes hacer eso!, ¿Qué hay de Lalie y Nataniel?

No pregunté por Natalie, quién es esa equis de todos modos.

Bueno su esposa. Pero la eliminé de la ecuación.

—Su mamá me odia. ¿Entiendes?

—¿Por qué te odiaría? —Le pregunté.

—Pirata informático, le miento por siete años, secuestre, —Rodó los ojos—, y le pegué los cuernos con una niña, ¿no es lo suficiente? —Me quedé en silencio. Wow, en verdad las cosas eran así—. Se los va a llevar lejos y no los volveré a ver jamás. Lalie no es mi hija, pero Nataniel si lo es y supongo que va a doler.

—Lo siento.

—No es nada. —Se arregló el cuello de la camisa—. No me arrepiento.

—Leonardo Torres, ¿me quieres? —pregunté temerosa. No se arrepentía, ¿quería decir que me quería? Porque la verdad es que él me gustaba mil, pero no sabía si yo lo quería tanto, quiero decir, ¡tengo dieciséis años...! no me quiero casar con un pirata informático por ahora.

Me quedé mirándolo ante su silencio.

Qué.

O sea, no respondía, y estábamos a una esquina de doblar y llegar a casa.

—Leonardo.

—Hay cosas que no se pueden saber.

Me crucé de brazos mirando al frente, al fondo estaba las luces parpadeantes de una camioneta de la policía, mis padres estaban afuera hablando con un oficial. El corazón se me hizo tan chico y apretado, que parecía doler. Pero la adrenalina pura me cautivó.

—Oh Dios mío.

Nos parqueamos, y ellos tres miraron al auto. Alertas, observaron tranquilamente como Leo levantaba las manos.

Él me miró.

—Es hora de salir.

—No —dije—. O sea, no Leo, no voy a salir.

—No es nada, Mara. Voy a estar bien. Lo prometo.

—¡No te dije! —respondí sin dejar de mirar hacia el frente.

—¡Está bien! —dijo—. Voy a besarte ahora. Si quieres que lo haga, asiente.

Asentí. Siempre tuve razón. El ultimo tercer beso seria la despedida.

Se acercó a mí bajando las manos y me beso, agarrando mi cara con sus manos. Sus labios eran tan cálidos y suaves que me derretí. Era la mejor sensación del mundo. Cerré mis ojos y dejé mis manos abajo, apretando el sillón del vehículo.

Se alejó sonriendo y volvió a alzar las manos. Los tres tipos, bueno, el oficial y mis padres, miraban anonadados el espectáculo que Leo les acaba de dar.

Papá estaba enojado, y mamá estaba temblando. El oficial se quería reír, creo.

—Sal. Yo salgo ahora.

—Es que...

—¿Qué?

—Quiero que me beses de nuevo... pero no puedo. Solo pueden ser tres veces. Odio el número cuatro.

Leo se inclinó y beso mis labios rápidamente. Se despegó para mirar mi cara ardiente, y después se volvió a acercar para besarme de nuevo más lento. Nos espantó cuando el policía tocó el bonete del auto de Leo y él se despegó. Lo apuntaba con su arma y le pedía que saliera.

Él salió con las manos en alto, y vi con terror como lo esposaban. Según la ley, sacar a un menor de edad de su hogar sin autorización de sus padres era visto como un delito, y Leonardo Torres había sido atrapado infraganti.

Y yo, pude levantarme y decir que había sido consensuado, ¿pero qué decir?, yo estaba completamente anonadada.

Era mi turno de salir, cuando lo hice, sorprendentemente papá no me gritó y mamá tampoco me sermoneó. Ella solo me abrazó, y mi papá abrazó a mi mamá y a mí. Después cerré los ojos.

## CAPITULO 18

Leo decía que le gustaba como sudaba la nariz, que le gustaba la forma en que mis labios se movían, y que era graciosa, o divertida. Él nunca dijo que yo le gustaba. O que me quería, o que estaba enamorado de mí.

Eso me hizo pensar mucho en lo que tuvimos. Si fue solo un capricho adolescente de mi parte, y él solo buscaba el peligro de eso. de todas formas, un mes después de que se llevaran arrestado a Leo Torres de en frente de mi antigua casa, me llegó un email a mi correo electrónico de un correo “lta951” decía así:

*«Hola.*

*Creo que te debo unas disculpas, creo que te debo miles de explicaciones.*

*Mara lamento el cruce de nuestras vidas y los inconvenientes causados, nuestra relación fue divertida. Me gustabas.*

*Estoy libre. Fui libre antes de que pusiera un pie en la correccional. No sé qué te dijeron sobre lo que pasó, pero fue así.*

*No estoy en el parque industrial. No me busques allí.*

*Adiós Marita.*

*Pd: Si necesitas ayuda con algo muy importante puedes responder a este email en cualquier tiempo. Si no, por favor abstente de responder o me veré obligado a bloquearte. Hablo en serio.»*

Es tan dulce y grosero... ¡pero al menos no me dejó en el limbo!

Aunque seguía siendo una “víctima” del acosador, mi castigo fue estricto. Me cambiaron de escuela porque no podía continuar con los rumores que crecieron después de lo que salió en el periódico, ¡aunque no hubiesen mencionado mi nombre! Todos sabían que hablaban de mí.

Micaela me visita los sábados y miércoles y nuestra amistad está muy bien. Dago se hizo novio de Beatriz, yo supongo que se cansó de que Micaela le dé tantas vueltas al asunto.

En consecuencia, no habla conmigo, fue estilo: “Ya que no tengo nada con Micaela no tengo que seguir fingiendo que me agradas Mara, eres una insensible que solo le importa una sola persona, ¡y esa eres tú!, eres tan mala amiga.”

Eso me golpeó más fuerte que una pelota de kitball. Dago era mi amigo por varios años y le contaba cosas que algunas veces no le contaba a Micaela. Yo realmente lo creí mi amigo, quizás, y después de todo, él había iniciado los rumores de que yo era una roba-maridos en mi antigua escuela.

Tengo diecisiete años y en ocho meses muchas cosas pueden cambiar. Comienzas a crecer y a ver las cosas importantes, te conectas con la vida real. Supongo que yo vivía en una extraña fantasía que no podía ser nunca, pero sí pudo, porque besé a Leo Torres cinco veces.

Pronto entraré a la universidad y me iré de la Provincia, seré grande y viviré sola. Y seguro nadie me creerá que ya con dieciséis años, destruí un matrimonio, y besé a mi crush inalcanzable cinco veces, es decir, si hice eso, ¿Qué más no podría hacer?

Y bueno, mi enamoramiento platónico con Leonardo Torres fue una cosa real en su momento.

Sigue siendo secreto de ambos.

## SOBRE LA AUTORA



Yatma Gabriela Montilla es una escritora dominicana que escribe historias desde los catorce años de edad. Actualmente tiene veintiún años; estudia leyes y música.

“Nada” fue su novela debut en físico publicada en 2016 por Nova Casa Editorial. La misma ha sido distribuida en países hispano parlantes.

La presente obra, Secretos en el Vecindario, forma parte del catálogo de obras inéditas de esta joven escritora de Latino América, la cual escribió a los dieciséis años de edad.

Contacto:

[gabyaqua3@gmail.com](mailto:gabyaqua3@gmail.com)

Redes sociales:

[www.twitter.com/gabyaqua](http://www.twitter.com/gabyaqua)

[www.instagram.com/gabyaqua](http://www.instagram.com/gabyaqua)



[www.wattpad.com/gabyaqua](http://www.wattpad.com/gabyaqua)  
[www.facebook.com/y.gabriela.m](http://www.facebook.com/y.gabriela.m)

Este libro también está disponible en físico.